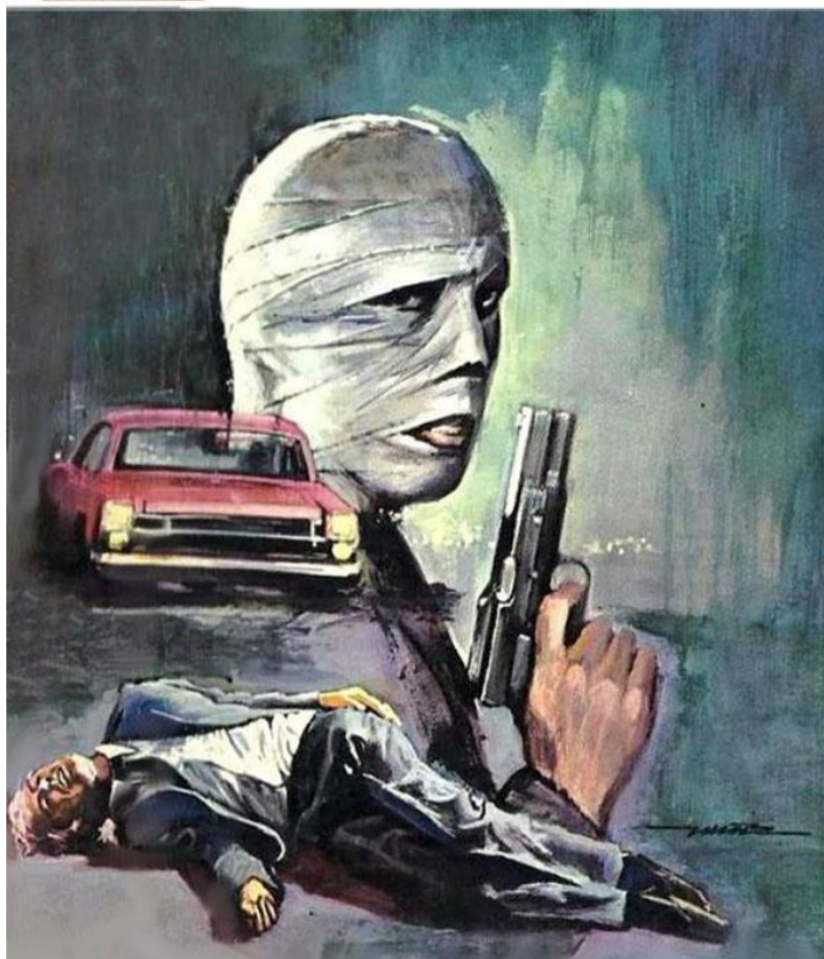


BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

EL ASESOR

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL ASESOR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 540

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 25.778 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1972

© VIC LOGAN 1972
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.149. — Descapotable peligroso.

En Colección PUNTO ROJO:

536. — Atentado.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír,

En Colección SALVAJE TEXAS:

835. — Matanza en Valle Perdido.

En Colección KANSAS:

741. — Cuatro para un rescate.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798. — En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

766. — Los salvajes de Nuevo México.

CAPÍTULO PRIMERO

Quien conoce San Francisco, sabe perfectamente que la ruta más corta para dirigirse del Downtown a Berkeley es cruzar el Oakland Bay Bridge y seguir en línea recta por la Nacional 40 y torcer a la izquierda por la Freeway 80. Luego, tras cruzar Emeryville, puede girar a la derecha por la Ashby Avenue, y ya estará en Oakland, que es una de las muchas ciudades satélites de San Francisco que pueblan la inmensa y bella bahía.

El pasajero del «Ford» conocía perfectamente la ruta que debía seguir en aquel atardecer invernal.

Era un hombre joven, que usaba una gabardina color crema algo usada y se cubría la cabeza con un sombrero marrón oscuro.

El tipo tenía unas señas corrientes. Estatura normal, corpulencia normal, ninguna señal en su rostro, ningún dato que le destacara de cualquier otro hombre de su edad. Acaso los ojos, unos ojos brillantes, fijos en la ruta que seguía, propios también de quien tiene igualmente una idea fija, concreta, determinada.

El hombre conducía al ritmo que le marcaba el tráfico ciudadano, con los faros de los coches ya encendidos.

Al detenerse, por indicación del policía que regulaba el tráfico, a causa de un momentáneo atasco, buscó un cigarrillo. Al no encontrarlo en los bolsillos, abrió la guantera.

Allí había un paquete, y junto al paquete una pistola automática.

A aquella misma hora, en Berkeley, y en la zona residencial en la línea de la costa, hacia el Norte, casi lindando con Albany, en uno de los pequeños chalets, se leía en el buzón de la correspondencia, a la entrada del jardín:

WALTER SHARPLES

Walter Sharples era uno de los asesores literarios de la firma de

editores

Wells & Koster,

de San Francisco, y en aquellos momentos luchaba con un breve manuscrito, intentando soltar las grapillas con que estaba cosido.

En pie, junto a la ventana desde la cual era posible ver las luces de la bahía y la silueta de la no menos iluminada Golden Gate, se hallaba el joven Vincent Ducht, sobrino por parte de madre del asesor.

—Prométeme que, ocurra lo que ocurra, no vas a perder la calma. Todo es cuestión de tiempo, Vincent —dijo el asesor, mientras seguía intentando desenganchar las grapillas del papel—. Tú tienes talento, Vincent. Mucho talento. Y aunque esos estúpidos de la editorial no quieran reconocerlo, yo sé que llegarás lejos...

—No es necesario que me des coba, tío Walter —repuso el joven, volviéndose hacia su pariente—. Mi talento sólo sirve para escribir novelas baratas. No me quejo. Hago producción de serie, y voy tirando. No vivo tan bien como tú, pero... otros lo pasan peor.

—Me gustaría poder charlar detenidamente contigo, Vint... Pero sé que ahora tienes prisa... No quiero entretenerte —consultó su reloj, y añadió—: Son casi las seis. ¡Maldita sea! Quería terminar esto. Han cosido las páginas saltadas. Hay escritores que no sirven ni para coser las cuartillas. ¡Fíjate qué forma de presentar el trabajo!

—Véngate diciendo que no te ha gustado el relato. Tú tienes la sartén por el mango. Eres el primer asesor. Te hacen caso.

Walter hizo un gesto nervioso y, sin querer, se clavó una punta de la grapilla, lanzando una breve exclamación.

—¡Oh! ¡Maldita sea!

—No creo que vayas a desangrarte —sonrió, un tanto irónico, Vincent.

Resultaba evidente que en su voz había un marcado tono escéptico, burlón, medio despreciativo, pero con mucha amargura de fondo.

Su tío se aplicó el pañuelo a la leve heridita, y lo sacó manchado de sangre.

Lanzó un suspiro y, tratando de serenarse, murmuró:

—Tú siempre has creído que he sido yo quien te ha vetado la entrada en la editorial, ¿verdad?

—Dejemos esto —quiso cortar su sobrino.

—No... No me gusta dejarlo así, porque esto que te figuras no es verdad. No lo es. ¡Maldito pinchazo!

Volvía a salir una gotita de sangre y, al sacudir el dedo, se manchó ligeramente el batín *beige*, regalo de su esposa en las pasadas Navidades. No lo advirtió, y volvió a aplicarse el pañuelo.

—Te cuesta muy poco enfurecerte, tío. Perdona, tengo un poco de prisa.

—¡Escucha! —exclamó el asesor, viendo que el joven se dirigía hacia la puerta.

Antes de que Vincent llegara, la puerta se abrió y apareció la esposa de Walter; Agnes.

Mucho más joven que él. Ofrecían un notable contraste.

Miró a los dos hombres como si presintiera el anterior conato de discusión.

Carraspeó. Vincent la miró, acentuando su gesto burlón. Ella dijo:

—Son las seis, Walter.

—Sí, sí. Ya voy. —Lanzó un suspiro y añadió—: Tengo que cambiarme de ropa para esa maldita cena. ¿A qué hora vendrán los Mason?

—A las siete. Pero he entrado por las fotografías. Me dijiste que te avisara.

—¡Cielos! Es verdad. ¡Qué cabeza! Tengo que bajar al laboratorio... ¡Y por favor, Vint!

No vuelvas a pensar que yo haya tenido ninguna culpa en que no te aceptaran. De veras. Tú no sabes... no puedes saber lo mucho que te aprecio.

—Adiós, tío, y no comas demasiado durante la cena. Las indigestiones, a tu edad, son peligrosas.

Y sin añadir más, salió de la casa.

Los esposos se quedaron mirando.

Walter no se preocupaba en absoluto de ocultar su edad, que rondaba los sesenta. Su mujer aparentaba esos años indefinidos, pero siempre interesantes, que proporciona la moderna cosmética. Viéndola detenidamente en aquel momento, no parecía llegar ni siquiera a los cuarenta.

—¿Habéis... discutido? —inquirió ella, tras el silencio.

—No... No demasiado —murmuró el asesor, y, tras consultar su reloj, añadió—: Bueno, tengo que ir a... al laboratorio. ¿Has empezado a preparar la mesa?

—Desde luego.

—Está bien...

En aquel momento, Vincent tomó su coche, que había dejado a la entrada del garaje de la casa, en el que sólo tenía cabida el auto de su propietario, Walter Sharples, y salió por la parte lateral, en dirección a la Nacional 40.

En dirección opuesta, seguía el hombre de la gabardina color crema y el sombrero marrón oscuro que conducía el «Ford».

Los dos coches se cruzaron en algún punto de la carretera, después del Berkeley Yatch Harbor.

El que conducía el «Ford» se detuvo en un área de servicio para repostar gasolina.

—¿Lleno? —preguntó el encargado del surtidor.

—No. Sólo dos galones.

El otro sonrió, despectivo, ante la insignificante cantidad de esencia pedida.

—¡Vaya una excursión! —ironizó.

El de la gabardina color crema le fulminó con la mirada, pero no contestó a la impertinencia.

Pagó y puso el coche nuevamente en marcha.

Tardó seis minutos en llegar al parque residencial donde tenía la vivienda el asesor.

Avanzó despacio, examinando los chalets, de construcción parecida.

La zona estaba completamente desierta; sólo la luz de las calles, no demasiado abundante, permitía orientarse.

Algunas viviendas permanecían a oscuras, tal vez por tratarse del fin de semana, en el que algunas familias prefieren pasarlo fuera. En otras, brillaba la luz detrás de las cortinas que cubrían los ventanales.

El «Ford» pasó por delante del jardín de Walter Sharples, y leyó su nombre. Su rostro no se inmutó en absoluto, y siguió la marcha hacia el desvío lateral que servía de entrada a los coches que se dirigían a aquel chalet y al contiguo.

Entró como si fuera al garaje, pero maniobró de forma que el

automóvil volvió a quedar en posición para la salida.

Entonces su conductor abrió la guantera y sacó la pistola automática. La montó y la guardó en el bolsillo derecho de la gabardina.

Dejó la llave del contacto puesta y el motor parado. Igualmente, la puerta del lado del volante quedó sin cerrar. Subióse el cuello de la gabardina, y avanzó hacia la puerta principal.

En aquel momento, en el interior de la casa sonaba el timbre del teléfono.

En un bar de Fremont Street, al otro lado del puente, ya en San Francisco, Vincent, el sobrino del asesor, aguardaba a que alguien descolgara el teléfono.

La voz de Walter sonó al otro lado:

—¿Quién es?

—Tío Walter, soy yo, Vint... Creo que me he olvidado el encendedor en tu despacho.

—¿Quieres mirarlo?

—Ahora no puedo, Vincent, pero no te preocupes, se lo diré a Agnes.

—Es que quisiera estar seguro. No me gustaría perderlo. Se trata de un recuerdo y...

—Dispensa... Tengo que colgar. Están llamando a la puerta, y no sé dónde se ha metido Agnes.

—Pero...

—Adiós, Vint. Y no te preocupes por tu encendedor. Si está aquí, lo encontrarás.

Y antes de que Vincent pudiera decir nada más, su tío colgó al otro lado del hilo.

No le extrañó demasiado aquella actitud. Walter Sharples tenía fama de duro, tanto en sus informes profesionales como en su forma de ser.

Vincent hizo un gesto de contrariedad con los puños, y colgó a su vez.

En la residencia de Walter, el joven de la gabardina llamó una vez más, con manifiesta insistencia.

Agnes salió de la cocina, exclamando:

—Ya voy, ya voy.

Dos casas más allá, un vecino acababa de detener su coche,

haciendo sonar su claxon un par de veces.

Una mujer asomó.

—¿Estás lista, Evelyn?

—Sí, querido... ¿No quieres tomar una copa antes?

—No, no. Se ha hecho ya muy tarde. Tomaremos unos aperitivos por el cami...

No concluyó la frase porque en aquel momento sonaron unos disparos. Dos, tal vez tres.

Los estampidos fueron seguidos del aterrorizado grito de una mujer.

El vecino se volvió instintivamente, tratando de buscar el lugar donde habían sonado las detonaciones.

Evelyn, la esposa, se volvió también, y en la distancia vio la silueta del hombre de la gabardina color crema, que huía de la casa de los Sharples. Casi enseguida salió la esposa del asesor gritando:

—¡Asesino! ¡Asesino!

—¡Es la señora Sharples! —exclamó la vecina.

El hombre de la gabardina crema abrió la portezuela del coche y, sentándose al volante, dio rápidamente la vuelta a la llave de contacto.

—¡Asesino! ¡Ha disparado contra Walter! —gritó Agnes, una vez más.

El matrimonio vecino mostraba la sorpresa propia de quién se encuentra ante un hecho extraño, insólito.

Sin embargo, el hombre, al ver partir el coche del asesino, salió en su persecución.

—¡No! ¡No vayas! —gritó Evelyn.

Pero el hombre aceleraba ya, tratando de ganar terreno.

El fugitivo pisó a fondo para salir de la zona residencial, camino de la carretera.

Las ruedas chirriaban en las curvas que bordeaban la zona ajardinada.

Cruzaron un pequeño parque, donde la calle tenía una recta de doscientos metros.

El fugitivo, al ver que era perseguido, empuñó la automática y asomó, volviéndose hacia el coche que iba tras él.

Disparó.

El vecino, al oír la detonación, agachó instintivamente la cabeza,

pero prosiguió la marcha.

El asesino efectuó un segundo disparo, que taladró el cristal parabrisas del coche seguidor.

El susto natural hizo que el vecino diera un giro brusco. El automóvil se precipitó hacia uno de los árboles.

Trató de dar otra vez vuelta al volante, pero era ya demasiado tarde. El coche se estrelló de frente.

El hombre que había intentado perseguir el criminal se dio contra el volante, algo se clavó en su pecho, mientras su cabeza recibió un tremendo golpe.

Los ojos del vecino se abrieron más de lo normal, y quedaron inmóviles. Muertos...

El fugitivo, con el camino libre, prosiguió la marcha, sin que nadie se lo impidiera.

CAPÍTULO II

El «Ford» se detuvo en *Post Street*, cerca de Union Square, cuarenta minutos después del asesinato del asesor.

El lugar, cerca del callejón, era de aparcamiento prohibido, pero no había un sitio más cercano al edificio que cobijaba las oficinas centrales de

Wells & Koster
editores.

El rascacielos tenía veintidós plantas. Las cuatro primeras pertenecían a la editorial, departamento de redacción y oficina de relaciones públicas. Había luz en algunas de las ventanas.

El hombre de la gabardina color crema entró por una puerta secundaria, propia para los servicios.

Utilizó la escalera y subió a la segunda planta. Parecía conocer perfectamente bien el terreno que pisaba.

Cruzó la puerta que comunicaba con el moderno corredor con acristalados despachos, a uno y otro lado.

Una luz tenue permitía distinguirlo todo bien, no quedaba ningún rincón oscuro.

Cruzó un departamento con una docena de mesas alineadas. Era donde solía trabajar una sección de mecanógrafas del departamento de publicidad.

Iba a salir a otro recinto cuando unos pasos apagados por la moqueta que cubría el suelo le hicieron pegarse a una columna cuadrada, y aguardar.

Era el vigilante, que pasó muy cerca de él para dirigirse al departamento de dirección.

El de la gabardina color crema le vio entrar al antedespacho acristalado y llamar a una puerta donde podía leerse:

HARRY WELLS

Privado

Una voz al otro lado le dio permiso para entrar.

El vigilante asomó:

—¿Necesita alguna cosa, señor Wells? —preguntó.

—Nada, Sam, muchas gracias —replicó la voz del interior del despacho.

—Vi luz y...

—Sí, Sam, tengo que terminar unas cosas. Me queda todavía una hora de trabajo.

El vigilante volvió a cerrar la puerta, y continuó por el corredor.

El de la gabardina crema esperó que el vigilante doblara hacia la izquierda en dirección a otras dependencias, y entonces salió rápidamente para cruzar el recinto y entrar en el antedespacho.

Se apostó junto a la puerta de Harry Wells, y su mano izquierda sujetó el pomo, mientras que con la derecha sacaba la automática montada.

Calculaba, con precisión, sus movimientos.

De pronto, empujó con fuerza. La puerta se abrió, y al fondo de la estancia vio la mesa del despacho tras la que estaba trabajando Harry Wells.

Era un hombre de pelo grisáceo, pero buena apariencia física. Se conservaba bien, y su aspecto irradiaba dinamismo.

—Sam, si quiero algo ya te... —había empezado a hablar, pendiente del trabajo, pero al levantar la cabeza y encontrarse con el hombre de la gabardina que empuñaba la automática quedó cortado. Quiso reaccionar—. Oiga... —empezó de nuevo, pero el primer disparo segó su voz.

Trató de levantarse, pero sonó un segundo disparo.

Wells logró ponerse en pie, pero cuando recibió el tercer impacto, sus rodillas se doblaron y su cuerpo desapareció detrás de la mesa.

Atraído por los disparos, el vigilante corría ya por el pasillo.

El asesino salía corriendo para huir por el mismo sitio por donde había entrado.

—¡Eh, deténgase! —gritó el vigilante.

El asesino continuaba la huida con el revólver en la mano.

El vigilante también iba armado, y sacó su arma. Apretó el gatillo, pero no sonó disparo alguno porque tenía el seguro puesto.

Se detuvo para montarla, pero el asesino se revolvió y disparó contra él.

Tenía buena puntería, pero aquella vez solo pudo alcanzar una pierna del que le seguía. Fue suficiente para que cayese y ya no pudiera continuar tras él, pero el hombre disparó varias veces para llamar la atención.

El asesino bajaba ya rápidamente por la escalera.

El vigilante, a pesar de la herida, y consciente de su deber, intentó ponerse en pie y, cojeando, trató de llegar hasta el despacho de Wells.

Al moverse, el dolor de la herida se le hacía insoportable, y gruesas gotas de sudor cubrían su frente.

El asesino seguía su loca carrera hacia la calle. Había alcanzado ya la planta baja, y se dirigía por el corredor hacia la puerta de salida.

El vigilante, con el rostro contraído, observaba a Wells, inmóvil detrás de la mesa.

—¡Dios mío, Dios mío! —repitió varias veces.

Trató de acercarse a la ventana, y cayó, pero al fin logró accionar el pomo que abría el cristal corredero hacia un lado.

Disparó al aire para llamar la atención, al tiempo que gritaba:

—¡Socorro!

Luego, a rastras, volvió a la mesa. Allí había uno de los botones de los timbres de alarma.

El asesino estaba ya en la puerta.

Un policía uniformado se había vuelto, atraído por los disparos.

El asesino asomó un momento a la calle. Él también había oído los últimos disparos, y temía que hubiesen podido ser escuchados.

El policía sacó el revólver, y trató de orientarse.

Entonces sonó el timbre de alarma, que el vigilante acababa de pulsar.

Ya no había duda para el policía. Sabía que aquel timbre pertenecía al edificio de la editorial.

El asesino salió a la calle y corrió hacia el coche.

Algunos transeúntes se volvieron. No sabían exactamente qué era lo que ocurría. Fue un momento de confusión.

El policía llegaba corriendo. Tuvo tiempo de ver al de la gabardina dirigirse hacia el automóvil.

Miró al aire.

El vigilante había asomado nuevamente. Estaba al límite de sus fuerzas, pero su amor al deber le daba la fortaleza suficiente.

—¡Al asesino! —gritó, y ya no pudo más. El intenso dolor pudo con él, y perdió el sentido.

El policía corría hacia el coche.

—¡Eh! ¡Deténgase!

El asesino arrancó.

El policía disparó a las ruedas del coche. Alcanzó la izquierda de la parte trasera, cuyo neumático estalló. Aun así, el asesino condujo el automóvil unos cincuenta metros.

El policía efectuó otro disparo.

A lo lejos, sonó la sirena de la policía, de uno de los coches patrulla. El policía se puso en mitad de la calle, haciéndoles señales.

El asesino abandonó el «Ford», y huyó a pie. Desde la *Post Street*, subió por la de Stockton, en dirección norte.

El coche se detuvo, y el policía subió al estribo.

—¡Sígale! He oído disparos en el edificio de la editorial. Ese hombre salió corriendo.

—Le hemos visto, agente. Vaya a comprobar lo ocurrido. Hemos visto al tipo, y no le perderemos de vista —dijo el jefe de la patrulla, que se sentaba al lado del agente que conducía.

Inmediatamente, tomó la radio y llamó a la central.

—Aquí coche cuarenta y cinco, seguimos a un hombre que se dirige por Stockton, en dirección norte a Chinatown.

El fugitivo echó por una calle transversal, de dirección contraria para los coches, y cruzó rápido para entrar en un callejón.

El conductor, al darse cuenta, hizo una seña al jefe, que volvió a coger el radio para pedir refuerzos.

—Ha entrado por la calle Bush, rodeen la zona. Creo que se ha metido por un callejón.

Jadeante, el fugitivo seguía su marcha desesperada. Se desvió a la izquierda hacia una zona de parque.

Los componentes de la patrulla de otro coche vieron al hombre correr, e informaron:

—Hemos visto a un tipo con gabardina clara ir en dirección de Huntington Park.

—Si es un hombre de estatura normal, que usa un sombrero

oscuro, es el que seguimos —repuso el jefe del coche 45.

Jadeante, el fugitivo había llegado hasta unos setos. Se ocultó. Casi no tenía fuerzas, pero no ignoraba que le iba la vida en aquella fuga.

Las sirenas de los coches sonaban cerca. Sabía que tratarían de acorralarle.

Entonces, mientras trataba de buscar el lugar idóneo para proseguir su huida, hasta sus oídos llegaron unas voces tenues.

Una pareja hablaba cerca. Se endulzaban mutuamente los oídos, tras largos silencios, en los que se besaban.

—Nos casaremos enseguida... —decía él.

—Amor mío, no importa que no consigas este puesto. Yo seguiré trabajando...

Recorrió el lugar con la mirada. Estaba bastante oscuro. Más allá, otra pareja paseaba también.

Había un claro, y se veían algunos automóviles aparcados, y motocicletas. Tuvo una idea.

Había recobrado parte de sus fuerzas, y se lanzó hacia el claro. Saltó sobre una moto, y la puso rápidamente en marcha.

Cruzó el paseo del parque, como un loco. No le importaba a quien tuviera por delante. ¡Ya se cuidarían bastante de apartarse de su camino, si no querían morir aplastados!

El asesino dio todo el gas posible, y unos minutos después, estaba en una de las salidas de la California Street.

Ahora las sirenas sonaban más lejos, pero sabía que pronto se unirían otros coches, y tratarían de cerrarle el paso.

Él —el asesino— seguía en dirección a la bahía. En su loca marcha, no respetaba ninguna señal.

Cerca de la calle Montgomery, echó hacia la izquierda, en dirección a la avenida Columbus.

Le habían seguido la pista.

—Sigue por Montgomery Street. Córtenle el camino por la calle Sacramento...

Un coche, en el cruce de las dos calles, se aproximó con la sirena en marcha.

El fugitivo comprendió el peligro. Tenía ya el coche muy cerca.

Otro coche descendente intentaba cruzarse. El asesino viró hacia la derecha. La calle Sacramento tiene una sola dirección, hacia el

Oeste, pero el fugitivo hizo caso omiso.

Un coche se le echó encima. Pretendió esquivar, haciendo un brusco viraje.

La moto subió sobre la acera, dando un gran salto. El fugitivo no pudo dominar la máquina, que efectuó una cabriola para ir a estrellarse contra un escaparate.

Los cristales se rompieron con gran estrépito, mientras el criminal salía, impulsado hacia delante.

Quedó en el interior de la tienda, inmóvil, con el rostro ensangrentado por los cortes.

Los focos de los policías no tardaron en iluminar su cuerpo maltrecho, tendido entre los más distintos objetos de regalo, que era lo que expendía la tienda.

CAPÍTULO III

Vincent besó ardientemente a la muchacha. Luego la contempló, enamorado, y susurró:

—Es una locura, Sandie, una maravillosa locura, pero tu padre creará que me guía otro interés hacia tu persona.

—¡Qué importa lo que opine mi padre! Hace tiempo que nuestras relaciones no son demasiado cordiales. Yo hago mi vida. Quiero ganar mi propio dinero. No me importa que él sea rico. No quiero nada suyo. ¿Es que no tengo derecho?

—Claro que tienes derecho, pero ¿qué ocurrirá si, más adelante, piensas de otro modo?

—¿Es que dudas de mi cariño, Vint?

—Te quiero, Sandie... Te quiero. Creí que, estando lejos, podría olvidarte, pero no es posible. Cuando escribo, no puedo concentrarme, pensando en ti. ¡Cielos! El amor es libre, las personas somos libres y también lo son nuestros sentimientos. Sin embargo, hay cosas...

—Calla... Bésame otra vez... —atajó ella.

La luz era tenue, muy tenue, y la música ambiental ofrecía un conjunto ideal para el amor.

El club, muy propio para enamorados, estaba cerca del parque del Golden Gate. Las mesas, entre mamparas de madera, quedaban discretamente reservadas. Al fondo, tras cada mesa, el ventanal mostraba las luces del puente. El desfile de los coches, los guiños de los luminosos y el reflejo del agua del mar constituían el más fantástico telón de fondo para aquel ambiente de ensueño.

Pero para la pareja no era el decorado lo mejor, sino la mutua compañía. Los besos.

Ella tenía una bonita figura; su rostro era hermoso, de ojos grandes y expresivos...

—Si lo contara en alguna novela, me dirían que se trata de un

folletín antiguo. El escritor fracasado, cortejando a la hija del editor que lo rechazó. El gran Harry Wells.

—¡Oh! Olvídate de mi padre... El solo piensa en el dinero. Bueno, no es que sea mala persona, pero a veces dudo que haya sabido disfrutar de la vida. Sí... Sé que todo lo hizo por su familia, por nosotros, pero esto convierte a los hombres en máquinas... Hay que vivir...

—¿Te casarías conmigo? ¿Te conformarías a vivir de mi sueldo?

—Y del mío, querido... Yo también seguiré trabajando, como hago ahora.

—Tu padre te desheredará.

—No me importa. Si tienes complejos, prefiero no tener nada.

—Pero no es justo que te prive de lo tuyo.

—Lo único que yo quiero es a ti.

—Vamos a cenar... He cobrado un anticipo de mi última novela.

—¿De qué trata?

—¿De qué va a tratar? Policías y ladrones. Lo que lee el país. Ciento veinte folios a dos espacios. Ellos mismos corrigen el estilo. Condición indispensable, mucha sangre, mucho erotismo. Chicas desnudas, escenas eróticas... Hay millones de consumidores.

—Pero se te da bien... Me gustaría ayudarte.

—No vale la pena, créeme. Pero me gustaría, sólo por tenerte a mi lado.

—Pídeme que me case contigo, y me tendrás.

Tras una pausa, el joven murmuró:

—Mañana iremos a buscar un par de licencias.

—¿Hablas en serio?

—Vamos a cenar. Haremos los planes. Pero me gustaría hablar primero con tu padre.

—Déjalo de mi cuenta, Vint.

—Me hubiera gustado hacer las cosas de otra manera.

—No importa cómo lo hagamos, Vint. Lo importante es que las hagamos...

Volvieron a besarse...

Agnes Sharples, con la mirada perdida en el vacío, seguía sentada al sofá, contestando automáticamente las preguntas del agente Cabot, de la Brigada de Homicidios del distrito de Berkeley.

En el despacho-estudio, los fotógrafos realizaban las últimas

placas de la estancia. Habían retratado al muerto, que yacía tal como quedó tras los disparos del asesino.

Su cuerpo, de espaldas contra el suelo, estaba ligeramente retorcido, los brazos, separados, descansaban sobre la alfombra, sin llegar a formar una cruz completa.

Walter vestía el mismo batín color *beige* claro, y del bolsillo superior asomaba un pañuelo blanco.

En el salón-comedor, el agente Cabot comentaba:

—Sé que es doloroso para usted, en estos momentos, pero no tengo más remedio que insistir... Dice usted que llamaron varias veces a la puerta.

—Sí... Yo iba a abrir, cuando mi marido salió del estudio.

—O sea que estaban los dos en el vestíbulo.

—Ya se lo he dicho antes. Por favor...

—Señora Sharples... ¿Qué es lo que dijo el asesino?

—Nada. Nada. También se lo he dicho antes... Me empujó a un lado y se encaró con Walter... Yo... apenas me di cuenta de nada. Sólo oí los disparos.

—Su marido estaba en el vestíbulo, ¿no?

—Sí, pero cerca de la puerta. Ya sabe, se comunican. Cuando el hombre disparó, mi marido fue como... empujado hacia atrás. Le vi tambalearse... El asesino avanzó hacia él, y disparó otra vez...

La voz de la mujer tenía una extraña serenidad. Sonaba de modo impersonal, casi como si fuera otra persona la que hablara.

—Por último, señora Sharples... ¿Dice usted que no había visto nunca a ese hombre?

—No lo recuerdo. Apenas le vi. Sólo su gabardina, clara... Y el cuello levantado. No... No me pida que lo describa. No lo sé. Fue todo tan rápido. No lo sé... No lo sé.

—Señora Sharples... Tendrá que firmar su declaración. No quiero molestarla más, ahora. Puede hacerlo mañana...

Ella asintió como una autómatas.

—¿Qué hará usted ahora? —preguntó el policía.

Ella se encogió de hombros.

—¿Tiene usted familia?

—No.

—Ha dicho que en la casa no vive nadie más.

—A veces, venía a visitarnos un sobrino de Walter. Hoy estuvo

aquí.

—¿Cuándo?

—Se marchó a eso de las seis.

—¡Ah!

Se hizo un silencio.

Otro agente de paisano le interrumpió al entrar.

—¿Ha dicho algo la vecina? —preguntó Cabot, al verle aparecer.

—Nada. Sólo que vio a un hombre vestido con una gabardina clara salir de la casa, y que oyó los gritos de la señora Sharples, gritando: ¡Asesino!

—Su marido...

—Muerto, desde luego. Es el único que tal vez pudo ver el número del coche, aunque no creo que esto sirva de mucho. Seguramente, debe ser robado. La vecina cree que se trata de un «Ford» corriente, pero no está segura. La pobre está desolada. Iba a asistir a una fiesta. De pronto, llega su marido, se pone a perseguir a un asesino y...

Cabot hizo una seña a su compañero para que dejara de hablar de aquello.

—Señora Sharples —dijo—. ¿Dónde vive su sobrino?

—¿Qué?

—¿Ha dicho que tiene un sobrino?

—Es sobrino de Walter... Yo... Bueno, quiero decir que no es sobrino carnal...

—Sí, sí... ¿Se llevan bien?

Ella no contestó.

—¿A qué se dedica su sobrino?

—Es escritor.

—¡Ah! Bueno... Lo decía porque es mejor que no se quede usted aquí. Seguramente, tendremos que efectuar otras visitas. Vamos a molestarla bastante, y todo esto es muy desagradable.

—Tengo una amiga que vive en San Mateo, pero no sé si...

—Yo la acompañaré, señora Sharples. Recoja las cosas que precise.

—Pero...

—No se preocupe por nada. Ahora tendrán que llevar el cadáver para que practiquen la autopsia.

—¡No!

—Es necesario, señora Sharples. Se lo devolveremos. La avisaré para que pueda cuidar del entierro y los funerales.

—Walter siempre quiso que incineraran su cadáver. Pagaba a una funeraria...

—Bueno, pida a su amiga que se cuide de todo, y procure tranquilizarse. Sé que es difícil, pero, desgraciadamente, ya no se puede hacer nada. —Hizo una pausa y añadió—. Mañana tendremos que hacerle nuevas preguntas, seguramente. Iré a visitar también a los Wells y a... ¿Cómo se llama? —consultó su libreta de notas, y leyó—: Koster. Eso es.

Su marido llevaba muchos años trabajando para esos editores, ¿verdad?

—Empezó siendo botones... Era un hombre admirable... Se hizo a sí mismo, estudió, tenía una rara habilidad para enjuiciar las cosas. Es lo que los editores llaman ojo comercial. Según el tipo de libro, sabía si iba o no a gustar... Bueno... aunque en la editorial le apreciaban mucho, algunos a los que había rechazado obras le odiaban. Decían que era duro, implacable, pero él miraba siempre por los intereses de la editorial.

—Lo supongo, señora. Como supongo también que debía tener algunos enemigos. ¿Conocía usted alguno?

—No. Aquí no suelen venir los que aspiran a que se les publique un libro. Van a la oficina. Allí es donde entregan los originales a mi marido. Tiene... mejor dicho, tenía un horario en la editorial, y luego se llevaba los originales a casa; aquí podía leerlos tranquilamente. Puedo asegurarle que su trabajo era honrado, justo.

—Pero seguramente algunos no lo pensaban así... Veremos lo que nos pueden decir sus jefes... ¡Ande! Vaya por sus cosas.

Ella asintió.

Poco después, una ambulancia se llevaba hasta el depósito el cuerpo del asesor.

Luego, al marchar de la casa, acompañada por el agente Cabot, Agnes pasó por delante del automóvil de su vecino, que seguía empotrado al árbol contra el que se estrelló. De su interior ya se habían llevado el cuerpo del infortunado vecino, que había tratado de seguir al criminal.

Los ojos de la señora Sharples parecieron endurecerse. Luego, su mirada volvió a perderse en el vacío.

Vincent y Sandie habían cenado, y ahora bailaban juntos un ritmo moderno. Eran felices porque ya pensaban en la nueva vida que iba a empezar para los dos.

—Yo también me alegro de que mi tío no haya querido echarme una mano, ¿sabes? —decía el escritor, en aquellos momentos—. Es mejor triunfar o fracasar por uno mismo, sin deberlo a nadie. Ya sé que así no se llega a ninguna parte. Es un idealismo que no va con los tiempos en que vivimos, pero yo soy así...

—¿Qué opina tu tío de tus novelas?

—Quiere hacerme creer que tengo talento para hacer cosas mejores, pero yo sé que fue él quien, guiado de su «rectitud» —y recalcó la palabra para darle un sentido distinto a su definición etimológica— aconsejó que se rechazara mi novela. No quiere abusar de su puesto. Trata de ser justo. No sé...; puede que en el fondo lo sea, pero fue una gran decepción para mí. Yo pensaba formar parte de la plantilla de Wells y Koster...

—Sé que mi padre y Walter tuvieron una discusión con respecto a esto, pero cuando quise saber de qué habían hablado, ocurrió como siempre. A mi padre no hay quién le saque nada, cuando no quiere hablar. Pero aunque entre los dos te hubiesen vetado el puesto, ¿qué más da? No son infalibles. Todo el mundo puede equivocarse.

Siguieron bailando.

Eran felices.

Ambos ignoraban aún las tragedias que acababan de ocurrir en sus respectivas familias.

CAPÍTULO IV

El caso había cobrado proporciones anormales. Y se hizo cargo del mismo el capitán Bennet, de la Central de Homicidios de San Francisco.

A las diez de la noche se habían comprobado todos los datos posibles, y se sabía que el asesino del asesor y de Harry Wells era la misma persona. El coche «Ford», recuperado, era idéntico, y también se supo que había sido robado, según denuncia formulada a la policía de San Mateo, la ciudad satélite al sur de San Francisco.

En el San Francisco Hospital, agentes uniformados esperaban para custodiar la habitación destinada al presunto asesino, que estaba aún en el quirófano, después del accidente sufrido cuando huía de la policía, con la motocicleta robada en el Huntington Park.

El agente Cabot colaboraba con la policía de San Francisco, a las órdenes del capitán Bennet.

—Mañana será un día muy agitado, Cabot. Primero tendremos que averiguar quiénes son los posibles sospechosos. Está claro que los dos crímenes guardan relación.

—Un caso de venganza, ¿no?

—Al menos, las apariencias parecen demostrarlo, pero no hay que sacar conclusiones precipitadas. Primero tenemos que saber quién es ese hombre...

—¿No llevaba documentos?

—Nada absolutamente, ni un billete de autobús.

—Esto no es lógico, capitán. Nadie anda sin nada por la calle.

—Algunos dólares. Como para los gastos corrientes. Tomar una copa, ir al cine... Y una llave, claro, una llave modelo Yale. Todas son distintas, pero se parecen tanto como un billete de dólar con otro billete de dólar. Sólo cambia el número. No es fácil encontrar la serie a qué pertenece, aunque lo intentaremos.

Los enfermeros que llevaban el cuerpo del desconocido sobre la

camilla pusieron punto final al comentario de los dos policías. Tras ellos, iba el médico.

El capitán y el agente clavaron los ojos en el herido. Llevaba la cabeza totalmente vendada. Era imposible ver su rostro.

El médico habló con los policías, después de que el capitán ordenara a dos agentes:

—Quiero vigilancia día y noche...

—De momento, no le hará falta, capitán —dijo el médico—. Permanecerá inconsciente durante algún tiempo. Las heridas son más aparatosas que graves, pero hay un fuerte *shock* traumático, que tendrá que superar. Le llevará algunos días.

—¿Cuándo cree que estará en condiciones de hablar? —preguntó el capitán.

—No es fácil predecirlo, pero tardará, desde luego.

—¿Y ese vendaje que lleva en el rostro?

—Es imprescindible. Tenía cortes de importancia. Resulta extraño que no se hubiese seccionado la yugular. Tuvo suerte.

—Doctor, dese cuenta... No tenemos ningún retrato, ignoramos cómo se llama. Únicamente sabemos que se trata de un asesino. Un asesino que ha matado a dos personas, que ha herido a una tercera, y que otro hombre murió también por su culpa, cuando intentaba seguirle.

—Sí. Es toda una recomendación.

—Necesitamos dar una descripción de ese hombre.

—Bueno, los datos ya los tiene... Un metro setenta y seis aproximadamente, de unos setenta y cinco kilos, sin marcas en el cuerpo, y su edad está entre los treinta o treinta y dos años.

—Por lo menos, un millón de hombres, entre San Francisco y las ciudades de la bahía, responderían a esa descripción, doctor —repuso el capitán.

—Sí. No es mucho, pero es lo único que puedo decirle —repuso el doctor.

A las once y media de la noche, Sandie Wells, acompañada de Vincent, llegó a su casa.

Los Wells tenían su residencia privada en la colina de Twin Peaks, al final del barrio del mismo nombre.

Era una mansión que conservaba el sabor de los años treinta,

modernizada, pero manteniendo el señorío y el empaque de la época en que fue construida.

Vint se había empeñado en hablar con el padre de la muchacha, y por ello entró, y así se enteró de que ya jamás podría hablar con el señor Wells.

La señora Wells, un primo del difunto y el hermano mayor de Sandie, estaban en la casa, consternados por la noticia. Todos habían regresado ya del depósito para identificar el cadáver de Harry Wells.

La muchacha, Sandie, quiso verlo.

—Vamos, te acompañaré —se ofreció Vincent.

El capitán, que estaba también en la casa, el agente Cabot y otro de sus ayudantes, intervino:

—Ya tendrán tiempo. Antes, me gustaría que me ayudaran, contestando unas preguntas.

—Capitán, vea cómo está la familia. No creo que sea el mejor momento —adujo el escritor.

—¿Es usted el novio de la señorita? —quiso saber el policía.

Tras una pausa, Vincent asintió:

—Habíamos decidido casarnos.

La madre levantó los ojos hacia su hija. El hermano de Sandie increpó:

—¡Sandie! Sabes que papá te había dicho...

Vincent cortó:

—Sí. Yo no era muy bien visto en esta casa, pero ella y yo nos queríamos. Esta noche quería comunicar al señor Wells mi decisión —hizo una pausa, y añadió—: Mi tío debe saber esto. Era muy amigo del señor Wells.

—¿Su tío?

El capitán cambió una mirada con el agente Cabot.

Vincent se identificó:

—Soy sobrino de Walter Sharples. Es el primer asesor de la editorial.

Se hizo un silencio. Ahora todo el mundo miraba a Vincent, porque todos los demás, excepto Sandie, conocían ya la noticia.

El capitán rompió el breve silencio para dirigirse a Vincent, rogándole:

—Siéntese, por favor. Tengo que decirle algo importante...

—¿Eh? —El escritor frunció el entrecejo.

—Vamos, señor...

—Vincent. Vincent Sharples.

—Señor Sharples. Siéntese —insistió el policía.

Una hora más tarde, Vincent y Sandie, acompañados del capitán y de Cabot, hacían una ronda a los depósitos de cadáveres de San Francisco y de Berkeley, respectivamente.

Ambos identificaron a sus respectivos familiares.

Sandie trató de mostrarse serena, pero lloró. Lloró, al ver el cuerpo de su padre.

El pecho de Vincent le sirvió de apoyo.

—Vamos, vamos, querida... Ya nada se puede hacer.

—¡Dios mío! Yo le quería... Aunque no coincidiéramos en nuestras opiniones, yo le quería... ¡Oh! ¿Por qué tienen que suceder esas cosas...?

—Me gustaría saber qué clase de perturbado es el que ha hecho esto...

—No lo sabemos —dijo el capitán, ya por el corredor, dirigiéndose de nuevo hacia la calle—. Su rostro ha quedado mutilado, y no podremos verle hasta que le quiten los vendajes. Tampoco sabemos cómo se llama, ni de dónde procede.

—Odiaba a tu tío y a mi padre. Está claro —murmuró Sandie, interviniendo.

—Sí, eso parece. Por eso necesitamos una lista de personas a las que se les hayan rechazado originales... Estoy pensando en el socio de su padre, señorita Wells... Él podría ayudarnos. Aunque la noticia le afecte, espero que pueda contestar con mayor serenidad —dijo el capitán—. ¿Cree que se le puede molestar, a esta hora? Supongo que no. Son más de las doce.

—Que yo sepa, el señor Koster está en Los Ángeles. Oí decir que se iba este fin de semana.

—¿Sabe cuándo volverá? —preguntó el policía.

—Él cuida de las Relaciones Públicas. Suele hacer viajes, que duran algún tiempo.

—Dígame dónde se aloja, cuando va a Los Ángeles. En este asunto es mejor no esperar. Cuanto antes lo solucionemos, mejor.

—Me gustaría ir con usted, capitán... si es que piensa ir.

—¿Para qué?

—Es mi padre. Yo también quiero saber quién le ha matado y por qué... —repuso la joven con firmeza.

CAPÍTULO V

Johm Koster, orondo y campechano, ocupaba una *suite* en el Topanga Hotel, cerca de la playa del Rey, en Santa Mónica.

Cuando la muchacha le hubo contado la noticia, el hombre, durante unos segundos, parecía haber perdido el don de la palabra.

Al fin, reaccionó.

Miró a Vincent, que había ido con la muchacha, y luego avanzó hacia Sandie, y la cogió por los hombros.

—Es increíble... Si no me lo contaras tú... no lo creería... Es... sencillamente inaudito... Tú sabes que yo quería a Harry como... como si fuese mi propio hermano.

Ella tenía los ojos húmedos. Se serenó, sin embargo, y dijo:

—La policía cree que se trata de una venganza.

—Una venganza estúpida y sin sentido... —Se volvió de nuevo hacia Vincent, y añadió—: También quería mucho a Walter, muchacho... Yo fui quien le hice entrar en la editorial, cuando empezamos en un piso de Chinatown, con un par de mesas viejas. El hacía los recados... tenía catorce años, y yo acababa de ser licenciado en abogacía, pero me atraían más los negocios, y él necesitaba dinero para pagarse los estudios... Y ahora, de repente... mis dos mejores amigos, muertos.

—El capitán espera fuera, señor Koster —adujo Vincent—. Quiere que le dé una lista de novelistas a los que se les han rechazado los originales... y que haya intervenido mi tío en la decisión.

—Cuando se trataba de noveles, intervenía siempre tu tío, Vincent, y naturalmente, Harry hacía en consecuencia. Ellos llevaban el asunto de redacción. Lo mío es el trato con los clientes. No. No estoy muy al corriente, pero Harry dirigía muy bien las cosas. Debe estar anotado en algún sitio. Decidle a ese capitán que pase. Le ayudaré en lo que pueda, y saldré inmediatamente para

San Francisco. Quiero ver a ese asesino que, según decís, está en el hospital.

En la misma tarde del sábado, tomaron el avión de regreso a San Francisco.

El asesino seguía postrado en la cama, sin haber recobrado el conocimiento.

El médico dio su consentimiento para que entraran sólo un instante.

Koster, el capitán Bennet, y la pareja formada por Vincent y Sandie sólo pudieron ver sobre el lecho asomar aquella cabeza cubierta de vendajes.

Luego, el socio del editor fallecido diría:

—Daría cualquier cosa por saber quién se esconde debajo de esos vendajes...

El capitán no opuso ninguna dificultad a que Vincent y la muchacha estuvieran presentes cuando el señor Koster buscó el libro donde su socio hacía las anotaciones respecto a las entradas.

Había sido llamado también el jefe de redacción, a quien Koster presentó como Dan Curtis.

—Él podrá ayudarnos mejor —dijo el jefe único ya, desde la muerte de Wells.

—Recuerdo a un hombre que responde más o menos a la edad que dicen. Unos treinta años. Llevaba barba, no demasiado bien cuidada. No le caía demasiado bien, se daba aires de consumado intelectual. Presentó una novela que, según él, era de tipo social. Lo comentamos con el señor Wells... En el archivo debe estar el informe del señor Sharples. Si me permiten, iré por él. Puedo decirles que el asunto, al parecer, era una crítica sin pies ni cabeza, y totalmente antiamericana. Un texto para la exportación, que parecía escrito con el propósito de desacreditar al país y a todos los americanos.

Curtis fue por los documentos, mientras Koster leía:

—Aquí está. Veamos si concuerda con lo que dice Curtis. El autor de la novela rechazada se llama Fred Sterling, treinta y dos años de edad. La opinión de Harry era poco favorable. Según el informe, la novela debe ser rechazada. Escrita con pésimo estilo, gusto muy dudoso y empleo de palabras groseras, que hieren la sensibilidad de cualquier persona medianamente normal. Novela en

modo alguno comercial, y ni siquiera pasable como asunto de ensayo. Toda ella es un insulto... Eso es lo que sintetiza el informe.

Curtis regresó con un *dossier*.

Luego, comprobaron que coincidía con lo que Koster había leído en las anotaciones de su socio.

El capitán preguntó por las señas del autor:

—Daly City. Cedro Street. Se lo anotaré, capitán —dijo Koster.

—Aunque el hombre que está en el hospital no llevaba barba. Esto no es importante. Una barba se puede afeitar. ¿Algún otro sospechoso? —indagó el capitán.

Surgió otro, que respondía más o menos a las señas del presunto y desconocido asesino:

—Se llama Lawrence Murphy, treintaiún años. Vive en Marín City.

—Sí. Le recuerdo —intervino Curtis—. Escribió una novela policíaca, de esas llamadas novelas río. También tengo el informe —y Curtis sintetizó:

«Confusa e indocumentada. El autor tiene buen estilo, pero no sabe llegar al público. Le falta la “garra” suficiente...». Koster, por su parte, dijo:

—Mi socio consideró a su autor como hombre insociable. Dice que salió de la oficina, profiriendo insultos y amenazas.

—¡Un momento! —intervino Vincent—. Pero... ¿alguien dio a esos hombres las señas de mi tío?

—Siguiéndole, basta. ¿No le parece? —adujo el capitán.

—Sí, pero... No se muestra el informe a los autores. No es costumbre. Por tanto, ignoran el nombre del asesor. Normalmente, sólo le conocen los que trabajan habitualmente en la casa. Koster terció:

—No es difícil. Si alguien se propone vengarse de forma tan ruin, se hacen preguntas. No... para los vengativos no hay nada difícil. Son obsesos de una idea. Esclavos de un malsano deseo...

—Bien... ¿Tienen algún sospechoso más? —preguntó el capitán Bennet.

—Reciente, y que concuerde con las señas del hombre del hospital, no —repuso Curtis.

—En las anotaciones de Harry, tampoco consta nada más... Oh, sí, hay otro, pero... ¡No, ese eres tú, Vincent!

El capitán sonrió:

—¿Y qué opinión tenían de usted?

—Mala. Me rechazaron —repuso fríamente Vincent.

—Bien, trataré de investigar, con lo que sé. Daré órdenes para que me llamen cuando el asesino despierte. ¡Ah! Y no vuelvan por el hospital. No les dejarían entrar.

El policía se despidió, dejando a los otros en el despacho de Koster, que cerró el libro.

—¿Puedo guardarlo? —preguntó Sandie.

—Bueno... De momento creo que es mejor dejarlo aquí, podemos necesitarlo. Esto era como una especie de diario de las cosas de la oficina... Tu padre era muy ordenado.

—Sí. Lo sé...

—El asesino debía conocer bien las costumbres de tu padre, Sandie. Por ejemplo... que esa noche se quedaría en la oficina, y también tenía que conocer la casa perfectamente, igual que la de mi tío.

—¿Qué quieres decir? —intervino el socio del difunto Wells.

—No sé, pero... un simple autor, que viene únicamente un par de veces para entregar y recoger su original, no tiene tiempo de estudiar con detalle una oficina —y el joven escritor frunció el entrecejo. Aquello empezaba a darle qué pensar.

CAPÍTULO VI

Durante los dos siguientes días, los periódicos se ocuparon ampliamente del caso.

La policía no tenía nada más que decir hasta tanto no se pudiera interrogar al hombre que seguía inconsciente en el San Francisco Hospital.

La viuda de Sharples tuvo mucho interés en ver al custodiado asesino. El agente Cabot la acompañó, y la mujer tampoco pudo aportar ninguna luz. La máscara de vendajes que ocultaban su rostro hacían imposible toda identificación.

Vincent tenía un pequeño estudio en la bahía de San Pablo. Una casucha de pescadores de blancas paredes, con un dormitorio y la sala todo junto, con vistas al mar.

Aquella tarde, Sandie se había reunido con él. En aquellos momentos, la boda había pasado a un segundo término. La identificación del asesino de sus respectivos familiares era más importante.

Paseaban por el pequeño puerto pesquero, al atardecer; soplaba el viento, pero, hablando de la tragedia, no parecían notar el frío.

—¿Has intentado ver al capitán? —preguntó ella.

—Le llamé un par de veces, pero no sabían nada de él. O no han querido decírmelo.

—Me gustaría saber qué ha conseguido averiguar. ¿Y tu tía?

—¿Mi tía?

—Bueno. La esposa de...

—O... Yo nunca llamo tía a Agnes...

—Nunca te ha sido simpática.

—Ni simpática ni antipática. Para mí es una mujer que ha querido resolver el problema de su vida casándose con un hombre medianamente acomodado. No es que tío Walter fuera rico, pero tenía resuelta su vida. Además, siempre fue muy ahorrador.

—Ahora, todo lo suyo quedará para Agnes.

—Sin duda. Nunca me he preocupado de estas cosas... ¿Qué estás pensando?

—No, nada —murmuró la muchacha.

Se interrumpieron, al ver los focos del coche, que dejaban el camino de la bahía para entrar en el malecón.

Se volvieron hacia el auto, que se detuvo. Enseguida, tras las luces, sonó la voz:

—¡Eh, ustedes!

—Es el capitán —reconoció Vincent.

Poco después, se reunían en el estudio del escritor. Una bombilla que colgaba del techo era la iluminación general de la estancia, donde podía verse la mesa de trabajo de Vincent, con la máquina de escribir, folios, y una serie de libros, que tenía esparcidos en todas partes.

Un cajón de cervezas hacia las veces de mesa, que también estaba repleta con planos, mapas y fotografías.

En la pared había otro estante, con libros y pequeños recuerdos. En un mueble estaba el hornillo, donde él mismo se confeccionaba la comida. Había también otra mesa, y al fondo, en un ángulo, estaba la cama, una cama pequeña, individual, y una mesita de noche con una lamparilla, parecida a la que había en su mesa de escribir.

En el único cuarto contiguo había una rudimentaria ducha y pequeño trastero. Tras una cortina, estaba el servicio.

El policía echó una mirada profesional al conjunto, y tomó asiento a una indicación del joven.

—Sólo vine a decirles que los dos presuntos sospechosos no han sufrido accidente alguno. Uno estaba en su casa, el de la barba. Dijo pestes de la editorial, pero ni siquiera se había enterado de los asesinatos. El otro, me costó un poco más dar con él. Cambió de domicilio porque no podía pagar el alquiler. Ahora vive en una comunidad, con varios amigos más o menos fracasados y criticones. Bueno... lo cierto es que si los dos están en sus casas, no son los que buscamos.

—Es un caso extraño —murmuró el escritor.

—Dejará de serlo, en cuanto descubramos la identidad del asesino.

—Desde luego, pero fíjese que casi siempre lo que debe buscarse es al culpable. Esta vez lo tenemos, pero ignoramos quién es y por qué lo hizo realmente.

—¿Usted escribe novelas policíacas, verdad?

—Algunas, sí. ¿Por qué?

—No, por nada. Mera curiosidad.

El policía se levantó, y echó un nuevo vistazo al apartamento.

—No está mal esto. Parece tranquilo. Me encantan esas paredes blancas. Dan sensación de limpieza. Se ve todo más grande.

La pareja guardó silencio. Intuían que el policía había ido allí para algo más.

Bennet se volvió hacia ellos, y apuntó con el índice a Vincent.

—¿Qué tal persona es la esposa de su tío? Quiero decir si se llevaban bien.

—Que yo sepa, sí. Mi tío hablaba poco de sus problemas familiares. En realidad, no era muy comunicativo... Pero ¿por qué lo pregunta?

—Bueno... La venganza no es el único motivo por el cual se cometen crímenes.

—Pero en este caso...

—El asesino no tiene que ser forzosamente un resentido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el escritor.

—Pues que podría ser alguien... pagado por una tercera persona. ¿Comprende?

—Sí... También me pasó fugazmente por la imaginación... Pero ¿por qué matar a mi tío y al padre de Sandie?

Tras otra pausa, el capitán Bennet explicó:

—¿Sabía usted que su tío tenía una póliza de vida de doscientos mil dólares? Una bonita suma... libre de impuestos.

—Mucha gente tiene seguros de vida. No, no sabía que la tuviera. En realidad, nunca me preocupé de ello.

—La viuda se beneficiará de ese seguro y de otras cosas... aparte los bienes personales del señor Walter Sharples y que, con la lectura del testamento, sabremos a quién van a parar, existe otra cosa importante.

—¿Qué es? —inquirió Vincent.

—La editorial, y esto la señorita debe saberlo, paga también de su cuenta unos seguros especiales para algunos de sus trabajadores.

He vuelto a hablar con el señor Koster, y me ha informado ampliamente de ello. La editorial tenía suscrito, a nombre de su tío, otro seguro por doscientos cincuenta mil dólares, que naturalmente también pasarán a poder de su difunta esposa.

—Capitán... ¿Trata de insinuar que Agnes pudo... pudo pagar a alguien...?

—Yo no insinúo nada. Sólo digo lo que sé, y le repito la pregunta que le hice antes. ¿Se llevaba bien el matrimonio?

—Yo diría que sí... Al menos, aparentemente. Si discutían alguna vez, nunca lo hicieron en mi presencia. Además, me consta que mi tío se encerraba en su estudio para trabajar. Salían poco de casa. Siempre estaban ahí. Puede preguntar a los Mason, ellos iban a cenar algunas veces. Mason era otro de los asesores. Por cierto, esa noche en que mataron a tío Walter, les esperaban para cenar.

—No lo sabía —repuso el capitán.

—¿No se lo dijo Agnes?

—El primer interrogatorio lo efectuó el agente Cabot, de Berkeley. Tendré que hablar con él. Los Mason, ¿ha dicho usted, eh?

—Sí.

—¿Asesor también?

—Sí.

—Pero de inferior categoría.

—Bueno, mi tío era el más antiguo y el mejor considerado.

—Interesante.

El capitán se encaminó hacia la puerta. Se volvió antes de machar, y comentó:

—Señorita Wells... ¿Usted conoce a ese tal Mason?

—Le he visto alguna vez, pero, en general, voy poco por la oficina.

—Pero sabrá si estaba bien considerado, o qué tal persona era... Verá, cuando interrogo a una persona, prefiero saber de antemano la opinión que merece a otras. Luego, ya me encargo de formar la mía propia.

—No sé. Cumplía, supongo, pero, para ciertos asesoramientos, sé que mi padre prefería a Walter Sharples.

—¿Y Koster? ¿A quién prefería?

—El señor Koster no solía intervenir en asuntos de redacción. Él

era muy amigo de Walter Sharples.

—O sea que Mason tenía un obstáculo en su carrera para ascender, mientras tuviera delante a Sharples y al señor Wells.

Se hizo un silencio.

—Bueno. Ya tengo materia para trabajar. Les dejo. No obstante, si se les ocurre algo, llámenme. ¿Eh?

—Descuide, capitán —repuso la muchacha.

Vincent también asintió.

En aquel instante, y cuando el policía tomaba ya la puerta y la mantenía abierta para cruzarla, sonó el teléfono de pared. El escritor fue a contestar la llamada, y el capitán aguardó.

—Sí, un momento —repuso el joven—. Es para usted, capitán.

—Dije que estaría aquí. Gracias —y fue hacia el aparato. Tomó el auricular y se identificó:

—Soy Bennet. ¿Algo nuevo?

Al otro lado, le comunicaron algo que hizo cambiar su aspecto.

Antes de colgar, se limitó a decir:

—Sí, sí, comprendo. Que den una buena batida. Voy para allá enseguida.

Se dirigió hacia la puerta a buen paso, ante la impaciencia de la pareja por conocer lo sucedido.

Se volvió para informarles:

—Acaban de comunicarme que el asesino ha desaparecido —dijo escuetamente, y salió corriendo.

CAPÍTULO VII

Los agentes habían registrado el hospital, casi habitación por habitación.

El capitán Bennet, junto con el agente Cabot, se hallaban en el despacho del ayudante del director, doctor Lester. Con ellos estaba la enfermera de guardia, señorita Polack.

Un sargento uniformado pidió permiso para entrar. Cuando lo obtuvo, informó rápidamente:

—Nada, señor. Ha desaparecido.

—Bien, sargento. Que continúen la búsqueda. No creo que haya podido ir muy lejos. Usted espere fuera; después, le daré instrucciones.

La enfermera prosiguió su relato, interrumpido con la llegada del sargento.

—Entraba periódicamente, tal como lo tenía ordenado.

—¿A qué hora fue la última vez? Quiero decir cuando el paciente estaba todavía en la cama.

—Eran las seis menos cuarto. Lo sé porque había consultado el reloj. Lo estoy haciendo continuamente porque cada enfermo debe tomar los medicamentos a su hora.

—Y a las seis menos cuarto, estaba en la cama.

—Sí, señor.

—Su aspecto... bueno, quiero decir si todo le pareció a usted normal.

—Completamente, señor. Estaba inmóvil.

El policía se volvió hacia el ayudante del director. El hombre que generalmente disponía y daba las órdenes en el hospital, toda vez que la fama del titular le imponía frecuentes viajes en conferencias y convenciones.

—¿Qué dice el médico encargado de ese hombre?

—Le he mandado llamar, capitán. Su informe diario no difiere

en absoluto del anterior. Aquí lo tengo —tomó un papel de la mesa, y leyó—: «Período estacionario».

—Período estacionario no quiere decir que, de pronto, un hombre inconsciente, víctima de un grave *shock* traumático, despierte, se levante y huya por la ventana... Porque es evidente que huyó por la ventana, puesto que la puerta seguía vigilada por los dos policías. Ellos no se movieron de su puesto, y la habitación no tiene comunicación con ninguna de las vecinas.

—No es corriente que, en las condiciones que estaba, el paciente pudiera levantarse de pronto, y salir por la ventana.

—Y mucho menos, deslizarse por la comisa hasta la tubería y descender, desde un tercer piso —recalcó el policía.

—Cada caso es distinto, capitán, pero prefiero no pronunciarme hasta conocer la opinión del doctor Hunter.

—¿Ustedes no pueden descubrir al enfermo que finge?

—Claro que podemos, aunque no siempre resulta fácil. Piense que en este caso, no se trataba de un paciente normal. Según ustedes, era un asesino...

—Bien, señorita Polack, siga usted —atajó el policía—. ¿Cuándo volvió a entrar en la habitación de ese hombre?

—A las seis y media tenía que inyectarle, de acuerdo con las órdenes del doctor Hunter.

—Y entonces ya no estaba.

—No, señor. La cama estaba vacía y la ventana, abierta. Miré enseguida hacia abajo, pero no vi a nadie. Salí y expliqué a los agentes de la puerta lo que sucedía, y enseguida informé a mis superiores.

—O sea que nuestro desconocido asesino lo mismo pudo marcharse unos minutos antes de su segunda entrada que inmediatamente después de su visita anterior, lo cual complicaría bastante las cosas porque le habría dado tiempo sobrado para ir lejos... si es que su estado era menos grave de lo que en principio nos hicieron creer.

—Señor —interrumpió el ayudante del director, un tanto molesto—. Nuestros médicos son de probada eficiencia. El doctor Hunter emitió el diagnóstico que creyó correcto. Estoy seguro de que no «trató de hacerle creer» nada que no estimara justo y procedente.

—Disculpe, no quise meterme con ninguno de sus médicos, pero el caso es para sentirse pesimista. Confiaba en poder interrogar a ese hombre. Ahora, doctor, tenemos a un asesino que anda suelto y, además de no saber su nombre, no podemos dar siquiera una descripción. A menos que...

Diez minutos más tarde, el capitán examinaba la habitación de la que había huido el asesino.

Con él estaba el doctor Hunter, y también la pareja Vincent y Sandie, a quienes habían permitido la entrada.

Hunter explicó:

—Insisto que, en su estado, ese esfuerzo es demasiado para él —se refería al asesino herido y fugado.

—Sin embargo, ha desaparecido.

—Evidentemente, se trataba de un hombre físicamente fuerte, pero ese esfuerzo...

El médico, ciertamente, no lo comprendía. El policía inquirió:

—Admitamos que ha podido. ¿Qué hay de sus heridas? Si se quitara el vendaje en estos momentos.

—Es demasiado reciente. No puede hacerlo.

—¿Y pasados unos días?

—Puede intentarlo, desde luego, pero...

—¿Quedarían cicatrices, no? —cortó rápidamente el capitán, como si tuviera prisa en soltar todas las preguntas.

—Pues... eso, depende. No se puede afirmar con certeza. Pueden quedarle algunas cicatrices, que luego, con el tiempo, irían desapareciendo.

—Cicatrices que, de ser pequeñas, con un poco de retoque podrían disimularse, ¿no? —insistió el policía.

—Tal vez. Depende. También pueden quedarle huellas muy marcadas. Tenía varios cortes. Algunos, profundos, pero eso no quiere decir nada. No hay normas fijas, sólo tantos por cientos de posibilidades. Se hizo un buen trabajo con él. Siempre se procura que a los pacientes no les queden huellas. Es todo lo que puedo decirle...

—Capitán —intervino Vincent, que hasta entonces había permanecido en silencio.

El policía se volvió, y el joven murmuró:

—Tal vez alguien... pudo ayudarle.

—Sí, sí... Es lo que había pensado ya, pero me interesaba aclarar esos otros detalles.

—Eso es —exclamó el doctor Hunter—. Si alguien le hubiese ayudado, esa fuga tendría una explicación más lógica.

El capitán asomó hacia el exterior.

—Tuvo que servirse de cuerdas —dijo, examinando el terreno.

El médico apostilló:

—Ésta es la parte trasera. Como ve, el jardín está lleno de setos. Es un lugar apto para esconderse. Y nunca suele pasar nadie, excepto en la esquina que comunica con el depósito de cadáveres. Los que fallecen los sacan por aquel lado.

—O sea que... si el asesino tenía un cómplice... pudo muy bien atar una cuerda ahí —señaló un gancho— y bajarlo como un mueble.

El médico explicó:

—Esos ganchos son de los antiguos pórticos de las ventanas, cuando se abrían hacia fuera, para poder sujetarlos.

—De cualquier modo, se necesita un hombre con una fuerza considerable... Y aunque la cornisa es bastante ancha, no debe sentir vértigo, porque si admitimos que el paciente no se había recobrado, quien le ayudara tuvo que cargar con un peso muerto.

—Sí, desde luego, aunque existe la posibilidad de que hubiese despertado. Aunque sus fuerzas fueran escasas, ya no es lo mismo que no poderse valer por sí solo.

—De cualquier modo, en su estado, no puede pasearse por ahí... ¿Hay algún lugar donde poder esconderse?

—Sus hombres lo han mirado ya todo... —murmuró el médico.

—Sí. Con las linternas. Han registrado el terreno, palmo a palmo, pero en un hospital tan grande...

Se hizo un silencio.

Vincent intervino:

—Capitán... Creo que todo está claro.

—No se precipite, joven.

La enfermera apareció en la puerta y se disculpó:

—Llaman al doctor Hunter. Es el doctor Lester.

—¿No me necesita? —inquirió el médico.

—De momento, no, doctor —repuso el capitán Bennet.

La enfermera se quedó en la puerta, y preguntó a su vez:

—¿Ha logrado descubrir algo, capitán? La verdad es que este asunto nos preocupa a todos. Nunca había sucedido... Y yo... yo estaba de guardia. Comprenda.

El capitán la miró un momento, y se volvió hacia Vincent.

—¿Qué iba usted a decir?

—Si apuntamos la posibilidad de que ese hombre estuviera pagado por alguien... Ese «alguien» puede ser quien le haya ayudado a huir.

—Eso no es ningún descubrimiento, hijo. Es lógico suponerlo. Porque se expone a que si el asesino material da su nombre, le pierde...

—¿Ayudarle alguien? —intervino la enfermera.

—El doctor Hunter estima que, en el estado en que se hallaba el paciente, resulta difícil imaginar que haya podido deslizarse sólo hasta la cornisa y bajar por la tubería.

—Claro... —murmuró la enfermera, señorita Polack—. Y de fuera es casi imposible que se pueda oír. Estas habitaciones son prácticamente insonorizadas. Bien... Les dejo. Yo... Yo debo seguir con mi trabajo.

Sandie miró insistentemente a la señorita Polack, como si hubiese visto en ella algo que hubiese llamado poderosamente su atención.

De pronto, abajo, alguien gritó:

—¡Eh, deténgase!

Y sonó un disparo. Luego, se oyeron voces.

El capitán Bennet asomó a la ventana.

—Son mis hombres. Algo está ocurriendo abajo.

CAPÍTULO VIII

El sargento exclamó:

—Era un hombre. Surgió de pronto de ahí, y echó a correr hacia la tapia. Le dimos el alto, y se esfumó entre los matorrales. Lo siento, señor, no hemos logrado dar con él, pero no puede estar lejos. Es imposible que haya salido a la calle. Yo más bien diría que se ha dirigido hacia el edificio. Debe tener alguna entrada secreta o algo por el estilo.

Vincent intervino:

—Capitán. El doctor Hunter dijo que hacia aquel lado se encontraba la salida del depósito de cadáveres.

—Sí, vamos —contestó el policía.

Toda la zona estaba cubierta de vegetación, y, en algunas partes, no demasiado bien cuidada.

El lado en el que el jardín estaba en mejor disposición existía altos setos, que formaban un auténtico laberinto.

Los agentes habían buscado bien entre el césped donde crecían los arbustos, y uno señaló unas huellas.

—¡Aquí! —dijo.

El capitán, que seguía por el sendero bordeado por la abundante vegetación, camino de la puerta de salida del depósito de cadáveres del hospital, fue hacia donde indicaba el que había descubierto la huella.

—Cubran la puerta, sargento —ordenó—. Y mande a dos hombres a la puerta principal. Avisen a los de dentro. El asesino puede haber entrado de nuevo. Alerte al personal. Que todo el mundo esté prevenido. Sea quien fuere, se trata de un sujeto muy peligroso. Está acorralado, y no vacilará en matar. No olviden que puede tener un arma. No sabemos nada.

Poco después, examinaba las huellas de pies.

—Es evidente que no lleva zapatos —murmuró el capitán.

Vincent iba a comprobarlo, pero el policía le advirtió:

—No, apártese. Es mejor no sembrar esto de pisadas. Y usted avise al laboratorio, quiero fotografías de estas huellas, que investiguen. Necesitaré un informe completo.

Se volvió de nuevo hacia Vincent, y, como si le viera por primera vez, preguntó:

—¿Y ustedes qué diablos hacen aquí? ¿Es que pretenden seguirme a todas partes?

—Tanto Sandie como yo tenemos motivos para ello, capitán —repuso el escritor.

—De acuerdo, pero esto es trabajo para nosotros.

—No molestaremos —adujo ella.

El capitán no contestó, y avanzó hacia la puerta nuevamente, a través del sendero.

Los hombres, en total de seis, estaban alrededor, esperando instrucciones.

Alguien se acercaba silbando. Todo el mundo miró hacia el punto de donde procedía aquel silbido.

Enseguida apareció un tipo un tanto estrafalario, viejo y sucio, que tiraba de una carretilla de ruedas neumáticas.

El hombre, al ver a tantos policías, dejó de silbar y agrandó los ojos. Parecía haberse tragado la lengua porque no articuló palabra alguna.

Soy el capitán Bennet, de Homicidios. ¿Usted quién es?

El hombre no contestó. Recorría la mirada del capitán a los policías, incluyendo a Vincent y a la muchacha.

—¿Es que no me ha oído? ¿A qué se dedica usted? ¿Trabaja en el hospital?

Un ruido hizo volver a todos.

La pesada puerta metálica de la sección del depósito de cadáveres acababa de abrirse. Apareció el doctor Hunter, junto con otro policía. Con el médico venía un auxiliar del departamento.

—Si habla a Emile, hágalo despacio, capitán —advirtió el doctor—. Es completamente sordo. Sólo entiende con el movimiento de los labios.

—¿Quién es? —preguntó el capitán.

—Ayuda al jardinero. Es un pobre hombre.

—Me gustaría saber si ha visto a alguien.

—Déjeme a mí —pidió el médico—. ¡Joe! Encienda la luz exterior.

Joe era el auxiliar.

Rápidamente, unas lámparas exteriores iluminaron aquella parte de la zona, y el médico avanzó hacia el asustado Emile, portador de la carretilla.

Deletreando pausadamente las palabras, preguntó:

—El capitán Bennet quiere saber si has visto a alguien por aquí, últimamente.

Emile negó con la cabeza, añadiendo:

—No, doctor. Yo no he visto nada.

—¿Podemos fiarnos de él? —preguntó rápidamente el policía.

Hunter asintió, añadiendo:

—El sargento me ha informado de lo ocurrido... ¿Creen que el hombre al que buscan ha entrado de nuevo en el hospital?

—En el jardín no está. Y parece que ha sido visto yendo hacia el edificio. ¿Existe alguna otra entrada por este lado?

—Hay una puerta que va al sótano. Donde se echan las basuras, los detritus... No es un lugar muy agradable. Vengan.

El capitán dejó a unos cuantos hombres fuera, y siguió a Hunter; por la parte exterior, junto a la pared, caminaban hacia la puerta.

Tanto terreno como edificios eran inmensos. Era un espacio cuadrado, lindante con la Freeway James Lick, de más de cincuenta metros de lado, aparte del jardín que bordeaba la edificación.

La puerta a la que se dirigían estaba a unos quince metros de donde se hallaba la salida del depósito.

El auxiliar del departamento entró de nuevo. Vincent se había quedado junto a Sandie, y dijo:

—¿Quieres ir?

Contestó el capitán que, sin oír la pregunta, parecía haberla adivinado:

—¡Y ustedes, quédense aquí! No sabemos lo que vamos a encontrar abajo. Recuerden que el hombre que buscamos ya ha asesinado a dos personas.

—No es necesario que nos lo recuerde —murmuró el escritor, en voz baja.

El auxiliar había ido nuevamente a la sala, donde podían verse, cubiertos con los correspondientes lienzos, los cuerpos de cuatro

muertos.

—¡Eh! —exclamó el hombre, contándolos.

Corrió de nuevo hacia el exterior, en el momento en que la comitiva que iba con el doctor Hunter se metía ya por la portezuela de la que arrancaba un pasadizo. Más allá había una puerta, y al frente, la escalera del sótano.

El auxiliar volvió a meterse dentro del edificio, y Vincent le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—No, nada. Asunto nuestro.

Pero el hombre se dirigió a la antesala, y abrió la puerta que comunicaba con la entrada del sótano.

—¡Doctor Hunter! —llamó, cuando los otros se disponían a bajar.

—No me dijo que había una puerta que comunicaba con esto —dijo el capitán.

—Siempre está cerrada —manifestó el médico.

—¿Y éste por dónde ha entrado? —inquirió el policía.

—Estaba abierta. Simons la utiliza, a veces, para no dar la vuelta por el interior —explicó el auxiliar.

—¿Qué ocurre? —inquirió el doctor Hunter—. ¿Quería decirme algo?

—Veo que han traído otro fiamb... cadáver.

—Bueno, ¿y qué?

—No lleva la hoja de identificación. Tengo que hacer la nota para el doctor Lambert.

—Pregunte a Jimmy. Él debe saber algo.

—Es que Jimmy no está. Hace rato que no le veo.

—Un momento —terció el capitán—. ¿Dice que hay un cadáver de más?

Todos se miraron entre sí, y Vincent, que se hallaba en el umbral de la cámara mortuoria, hizo retroceder a la muchacha, protegiéndola.

—¡Cuidado! —dijo, bajando la voz. Había comprendido perfectamente que el criminal o su cómplice podían hallarse escondidos bajo uno de los lienzos.

El capitán desenfundó su revólver, e hizo una señal a dos de sus hombres.

—Ustedes, atrás —dijo a los sanitarios.

El hombrecillo harapiento y sordo estaba en el umbral, como embotado, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Cuál es el cadáver que antes no estaba? —preguntó, en un susurro.

El auxiliar señaló con el índice la mesa que estaba colocada en el centro.

El policía montó el arma, y los demás le imitaron. Con un gesto, señaló a sus subordinados el lienzo. Parecía querer indicar que lo sujetasen por la parte que cubría las piernas, y tiraran a su indicación.

—¡Levántese, amigo! Le estamos encañonando —ordenó el capitán Bennet, apuntando a la cabeza del «cadáver».

Nada se movió, debajo el lienzo.

El arma del policía emitió un sonido mecánico.

—No repetiré la orden —instó.

El lienzo seguía inmóvil.

El capitán hizo un gesto, y los dos agentes tiraron rápidamente del lienzo.

Sandie había asomado, llena de curiosidad.

—¡Aaah! —gritó, al aparecer el hombre...

Era, en realidad, un cadáver. Estaba completamente desnudo, y tenía claras muestras de haber sido brutalmente golpeado en la cabeza.

—¡Es Jimmy! —exclamó el auxiliar.

El doctor Hunter se aproximó, rápido, y ratificó la aseveración del auxiliar del departamento.

—En efecto. Es el compañero de éste. Jimmy Simmons. Le han asesinado —examinó la herida—. Deben haberle roto la base del cráneo.

—¡Mire esto! —exclamó Vincent, descubriendo un objeto tirado en el suelo. Era un viejo candelabro, grande, pesado.

—¡No lo toque! —exclamó el policía.

Mandó recogerlo con las precauciones necesarias para no dejar huellas dactilares...

—¿De dónde ha salido esto? —inquirió el capitán.

—Los guardamos por ahí... Algunas veces, se realizan sencillos funerales, y se utilizan para las velas.

—Ya sé que son para las velas —resopló el capitán. Luego, miró al auxiliar.

—Dígame cómo iba vestido su compañero, si lo recuerda.

—Bueno, usa la bata blanca, como todos.

—¡Ahí hay una bata! —descubrió otro policía.

La recogió, y la mostró al capitán.

—Está claro. Quien quiera que sea el asesino, necesitaba la ropa de ese infeliz...

—Eso sólo puede significar —adujo el escritor— que quién se escapó realmente fue el que estaba en la habitación del hospital.

—¿Tenía la ropa en el cuarto? —preguntó el capitán.

Hunter negó.

—Creo que no. Fue usted quien dio la orden de no dejarle las prendas de vestir a mano.

—Sí. ¿Y se cumplió esa orden?

—Lo preguntaremos a la señorita Polack, pero estoy seguro de que ella siguió sus instrucciones. La señorita Polack es muy eficiente. Y ahora está muy apenada por lo que ocurre.

—Creo que sé cómo vestía el pobre Jimmy —se apresuró a intervenir el auxiliar.

—Bueno. Dé una descripción completa.

—Pantalón gris y chaqueta a cuadros... Lo llevaba desde hacía algún tiempo. Creo que hoy su camisa era azul y corbata oscura.

—¿Gabán, trinchera, gabardina?

—Solía usarlo poco, y casi siempre lo llevaba colgando del brazo... Tenía una gabardina azul, con cinturón.

—¡Stephen! Transmita las características de esa ropa. Que busquen a un hombre vestido de ese modo. Aunque supongo que nos van a llenar el puesto. No es una indumentaria muy original. ¿Algún dato más?

El auxiliar negó:

—No. No recuerdo.

—Si es el asesino del rostro vendado, será fácil dar con él. Que lo transmitan, rostro vendado o señales recientes en la cara.

Luego, el capitán cambió una mirada con Vincent, y murmuró:

—Llévese a la señorita. Es mejor. Ahora, tenemos a un criminal suelto, y no sabemos de lo que es capaz.

—¿Quiere decir que... seguirá matando? —inquirió la

muchacha.

—Si conociéramos el motivo que le impulsó a cometer los dos primeros crímenes, tal vez sería fácil contestar a su pregunta... De momento, debemos suponerle un perturbado. ¡Vamos arriba! Y usted haga lo que le he dicho —recalcó al escritor.

CAPÍTULO IX

Vincent dejó a la muchacha en su casa, y se encontró con Koster.

El socio de Wells siempre había sido mucho más abierto, más campechano y risueño. Era, igual que lo fuera Wells, un hombre rico, pero resultaba mucho más fácil y grato entenderse con él. Carecía de la adustez característica de Wells, y superficialmente, al menos, parecía mucho más compresivo.

—Han dado la noticia por la televisión —murmuró Koster—. Sabemos que ese hombre se ha escapado.

La viuda de Wells se hallaba en el salón, cabizbaja, angustiada.

—Le están persiguiendo —murmuró Vincent.

—El capitán Bennet cree que puede cometer nuevos crímenes —adujo Sandie.

—¡Dios mío! Pero ¿quién es ese hombre? —terció la madre.

—Algún maniático, no cabe duda. No se puede llevar tan lejos una venganza. Habría que pedir protección a la policía.

A través del ventanal, cerca del que se hallaba Vincent, apareció un coche con los focos apagados.

Vincent entornó los ojos y en voz baja murmuró:

—¿Esperan a alguien?

—Recibimos visitas a todas horas —dijo la señora Wells—. Todos quieren consolarme, como si fuera tan fácil. Yo les agradezco a todos que...

—Hay un coche fuera. Han apagado los faros, pero no baja nadie —cortó Vincent.

—¿Eh? —exclamó Koster, levantándose de la butaca.

Se aproximó a Vincent, junto con Sandie.

—Cuidado. Creo que sería mejor que apagasen las luces... ¿Hay alguien más en la casa?

—No. Mi hijo ha tenido que ir a una reunión, y mi sobrino no ha regresado todavía —manifestó la dueña de la casa.

Sandie corrió para apagar las luces. Una a una, las dos lámparas de pie que se hallaban encendidas, en un rincón de la confortable y lujosa estancia, y la que estaba al lado del gran diván, oscurecieron. Sandie apagó también las otras dos lamparillas, adosadas a sendas paredes.

La habitación quedó a oscuras. Sólo el resplandor tenue del paso que comunicaba con las dependencias de servicio permitía ver las sombras, a los que estaban en el interior.

El coche seguía allí, en el jardín, junto a unos setos. Quedaba perfectamente disimulado desde la parte de fuera, pero bien visible desde dentro.

—Voy a salir —dijo Vincent.

—¡Cuidado, Vint! —previno Sandie.

—Sería mejor llamar a la policía. ¿No te parece, Vincent? —opinó el señor Koster.

—Tardarían demasiado. Es mejor averiguar quién hay ahí.

Buscó otra salida de la casa, y Sandie le indicó la parte lateral.

—Tú ve con los otros, y no salgas para nada. Desde la casa, podréis ver lo que ocurre.

Ella asintió, angustiada. Temía por Vincent. Los acontecimientos no estaban coma para sentir optimismo.

Él salió y dio un rodeo, de modo que avanzó hacia el coche por uno de los laterales.

Corrió, agazapado, y se pegó al tronco de una acacia de las varias que crecían en el jardín.

Trató de otear el interior del coche.

Vio a un hombre junto al volante. Un hombre que llevaba una gabardina oscura, y se cubría la cabeza con un sombrero claro, muy calado.

No estaba solo.

Había alguien más a su lado, pero, en la oscuridad, no podía precisar quién era.

Trató de aproximarse un poco más. Y pudo llegar hasta unos cuatro metros, por la parte trasera del auto.

La portezuela se abrió, y una voz ronca dijo:

—Es extraño. Han apagado las luces. Es temprano para ir a la cama. ¿Eh?

El que estaba dentro, contestó algo que Vincent no pudo oír.

El de la gabardina oscura asomó, y al fin salió, hundiendo las manos en los bolsillos.

—No te muevas —murmuró.

Vincent podía verle completamente de espalda.

Volvió a pegarse al árbol, y le dejó avanzar. El otro se dirigía hacia la casa.

Vincent procuró que sus pies, al pisar la escasa hojarasca, no le delataran, y dio la vuelta completa al coche para salir al otro lado y anticiparse al tipo que seguía caminando también con suma cautela.

La frondosidad amparaba a Vincent, que consiguió llegar al otro lado del sendero que daba acceso al jardín de la casa hasta el mismo edificio.

El hombre de la gabardina oscura se aproximó a los tres peldaños de la parte frontal, pero optó por dirigirse hacia una de las ventanas.

Vincent echó a correr para aproximarse lo más posible.

El otro se volvió, al oír un inevitable ruido de pisadas.

—¿Quién es usted? —inquirió Vincent tratando de adivinar el rostro del hombre.

El de la gabardina sacó algo del bolsillo. Vincent pensó que se trataba del revólver y, con un salto prodigioso, cayó sobre el hombre y le derribó.

En efecto, el otro había sacado un revólver. La lucha fue breve porque el del arma exclamó:

—Cuidado, amigo... Se la está jugando...

—¿Qué busca aquí?

—Agente Carter, de Homicidios... ¡Quieto, Min! —añadió—. Primero quiero interrogarle.

Vincent soltó al hombre, y se volvió hacia el que tenía detrás, encañonándole ya...

—¿No se trata del aficionado de que nos hablaron? —inquirió el que estaba detrás.

—¿Quién les manda? —preguntó Vincent.

—El capitán Bennet. ¿Y usted quién es?

Vincent lanzó un suspiro.

—¿Por qué no lo dijeron, al llegar? Menudo susto se han llevado todos...

La cosa había quedado aclarada. Bennet, con buen sentido, quiso

proteger a la familia Wells.

Poco después, Koster murmuraba:

—No es que sea pesimista, pero se me ocurre pensar que yo también puedo necesitar protección. Puedo estar en la lista de ese sujeto. Y la verdad, no me hace ninguna gracia.

—Quédate aquí —pidió la esposa de Wells.

—No quiero causar molestias. Además, tengo algunos asuntos que resolver...

—Si quiere, puedo acompañarle a su casa, señor Koster —se ofreció Vincent—. Dos personas es mejor que una sola.

—Bueno... Si eres tan amable. Sube a mi coche.

—Tengo el mío, pero... luego vendré por él. No le importa, ¿verdad, señora Wells?

—No, no me importa —repuso la mujer.

Las relaciones un poco tirantes entre Vincent y los Wells parecían haberse suavizado, con la desgracia común.

Con Koster no había problemas, porque siempre había sido la «buena persona de la empresa».

Luego, por el camino, conduciendo el propio Koster, el escritor murmuró:

—Bennet piensa que el asesino puede, tener algún cómplice.

—Cabe en lo posible.

—Se proponía interrogar a los Mason, cuando le comunicaron la fuga del asesino.

—¿Dick Mason? —inquirió Koster, frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué?

—Bueno. En estos casos, siempre se sospecha de todo el mundo.

—Mason no es capaz de una cosa así. Además... Se llevaba muy bien con mi socio, y era amigo de tu tío también.

—Yo sólo le he visto un par de veces. No puedo opinar.

—¡Oh! Es absurdo... Mason es quien menos motivos podía tener para vengarse.

—Yo no entro ni salgo. Es Bennet. Piensa que, con la muerte de mi tío y la de Wells, puede escalar puestos.

—Pero si iban a nombrarle director general.

—¿Qué? ¿A Mason?

Y Koster explicó:

—Wells tenía el plan de ir dejando el trabajo paulatinamente y

dedicar más tiempo a su familia, pero necesitaba una persona apta, responsable y con ideas. Alguien en quien poder descargar el trabajo sin temor alguno, y Wells creía que Mason era esa persona.

—No lo sabía.

—Precisamente, yo había pensado en tu tío, pero Wells me hizo ver que era demasiado viejo, y en cierto modo, intransigente. Del asesoramiento había hecho ya su vida. Estaba como encerrado en su castillo, endiosado casi en su trabajo. Se creía el mejor, y la verdad es que para mí lo era, pero puede que mi socio tuviera razón. Quizá su interés por la editorial y su mejor voluntad no fueran, en este caso, las cualidades requeridas para el cargo... A veces, hay que saber transigir... Mason, en este aspecto, era más abierto, más... diplomático.

—Sí. Si alguna cosa le faltaba a tu tío Walter, era diplomacia precisamente.

—Era justo, sin embargo.

El joven hizo un mohín ambiguo.

—Sólo una vez abogó por alguien...

—¿Sí?

—Por ti.

—¿Por mí?

—Cuando presentó tus originales. Pidió que se te diera una oportunidad, pero Wells vio algo extraño. Tu tío no sabía mentir, ¿sabes?

—Entonces; ¿fue Wells quien me rechazó? —preguntó el joven.

—Después de entregar los originales a Mason para que diera su opinión.

—Que, desde luego, fue desfavorable —murmuró el joven, comprendiendo.

—No del todo, y no pretendo desanimarte. Dijo que tú servías para otra clase de literatura, algo más mordaz, más... desenfadado, y creo que no se equivocó porque, según tengo entendido, tus novelas se venden bien.

—Vivo de ellas.

—Fue un golpe para tu tío, ¿sabes? Bueno... Wells estaba dispuesto a hacerle ese favor y editar el libro, pero tu tío siempre fue incapaz de aceptar limosnas, y entonces fue él quien se negó... En fin, nos hemos desviado de la cuestión. Pero creí que tú sabías

esto.

—No. No lo sabía. Y lo siento, porque siempre pensé que la honradez de mi tío había llegado hasta el extremo de no querer darme una oportunidad.

—Pues te equivocas, y creo que él llegó a comprenderlo cuando hablamos del asunto. Entonces le dije que un gran escritor no es sólo aquel que publica cosas grandilocuentes. Unos sirven para unos temas y otros para otros, y cada cual, en su estilo, puede llegar a ser inigualable. Tú puedes llegar a ser una figura, escribiendo lo que escribes. Un día darás en el clavo y... Bueno. Ya no eres un novato, y tienes mucha vida por delante.

Vincent quedó pensativo. Koster añadió, tras la pausa:

—¡Tiene gracia! Pensar que Mason... Absurdo. En fin... si el capitán me hubiese consultado, yo le hubiera dado mi sincera opinión.

—Sin embargo, señor Koster... Los Mason tenían que ir a cenar aquella noche, y no fueron. Al menos, Agnes no dijo nada a la policía. Ni estaban allí, cuando llegaron los agentes... —repuso el escritor.

CAPÍTULO X

—No fuimos porque la señora Sharples telefoneó expresamente para decirnos que aquella noche no podía ser —explicó Richard Mason.

Richard Mason, el segundo asesor literario de la editorial, era un hombre alto, que rayaba en los cincuenta, pero aparentaba menos. Sabía vestir con elegancia, y todo él respiraba vitalidad.

Se mostró bastante extrañado ante la visita de la policía, y añadió al capitán Bennet, que era quien le interrogaba:

—Creí que Agnes se lo había dicho a ustedes...

Intervino la señora Mason, una bella mujer, a pesar de haber traspasado la frontera de los cuarenta. Sabía cuidar tanto su rostro como su silueta. Si los Mason, económicamente, eran inferiores a Sharples, por ejemplo, daba la sensación de que su posición era más elevada, tanto por la casa, como por los signos externos.

Y la señora Mason adujo:

—Agnes dijo que su marido tenía un trabajo urgente, y que no se encontraba muy bien.

—Nos extrañó —terció el marido—. Porque Walter era un hombre que sabía cuidarse. Hacía deporte siempre que podía, y todas las mañanas, que yo sepa, se sometía a una sesión de paralelas. En el sótano, junto al laboratorio fotográfico, tenía algunos aparatos. Las fotos eran su afición, lo demás decía siempre que le ayudaba a mantenerse en forma, a causa de su trabajo, excesivamente sedentario. Confieso que yo hice lo mismo, cuando lo supe. Estaba engordando, y perdía agilidad.

—La verdad —insistió la mujer— es que no comprendo que se pueda sospechar de nosotros...

—Señora, yo no sospecho de nadie en concreto, pero se han cometido dos asesinatos. Tres ya, aunque el último, lógicamente, no estuviera planeado. Pueden ocurrir otros, y es necesario atajar el

mal, antes de que sea tarde.

—Yo también he pensado en quién pudiera ser el culpable —intervino Richard Mason—. Le doy vueltas a la cabeza. No es comprensible.

—El pobre Dick no duerme estos días, ni se concentra en su trabajo.

—Bien. No les molesto más. Si recuerdan algo importante, comuníquenlo. Puede que tenga que hacerles nuevas preguntas.

—Estaré siempre a su disposición, capitán —repuso el dueño de la casa.

Antes de irse, el policía remachó:

—Dicen que la señora Sharples les telefoneó. ¿Eh? ¿A qué hora? ¿Lo recuerdan?

—Mi esposa cogió el teléfono.

—Sí. Me llamó aproximadamente a las cinco de la tarde.

—¿A las cinco? Es extraño.

—Lo recuerdo perfectamente. Yo me daba prisa para terminar el trabajo y vestirme. Eran las cinco. Estoy segura.

—Bien. Tendré que hablar con Vincent.

—¿Con quién?

—Con el sobrino de Walter Sharples.

—¡Ah!

—Él comentó algo relativo a que salió de casa a las seis... Y añadió que esperaban visitas. Alguien no ha dicho la verdad... Si la señora Sharples les telefoneó a las cinco... En fin. Buenas noches.

El policía salió de la casa, mientras el matrimonio, a solas, intercambió una mirada en silencio.

Vincent había regresado a casa de los Wells para recuperar el coche. Hizo el viaje en taxi, y, al llegar, llamó a la puerta. Eran entonces las diez y media de la noche.

En casa de los Wells, había llegado ya el hermano de Sandie, Don; y también el primo de la muchacha y sobrino de la señora Wells.

Don era quien parecía más incomodado por la presencia del escritor.

—He dejado al señor Koster en su casa —informó.

—Gracias, Vincent —repuso fríamente la señora Wells.

—¿Ha llamado el capitán? —inquirió Vincent, esta vez

dirigiéndose a Sandie.

—No.

—He visto que la policía sigue ahí fuera.

En aquellos momentos, uno de los agentes llamó a la puerta. Deseaba hablar con Vincent.

—El capitán ha llamado, preguntando por usted. Quiere que vaya inmediatamente a su despacho. Le necesita con urgencia.

—Bien, voy enseguida.

El policía se retiró, y él se despidió de Sandie con un beso fugaz.

Al desaparecer hacia el exterior, Don la recriminó:

—No deberías hacerlo, y menos, en nuestra presencia. Es como un insulto a nuestro padre. ¡No deberías consentirlo, mamá!

—Deja en paz a mamá, Don. Siento la muerte de mi padre tanto como tú... Pero esto no puede variar mis sentimientos. Íbamos a casarnos, y lo haremos... Lo haremos.

El tráfico, a aquellas horas, no era muy denso, y permitió a Vincent llegar en diez minutos al despacho del capitán, en la Brigada de Homicidios.

—Sí —dijo el joven, contestando a la pregunta—. Recuerdo perfectamente que, antes de irme de casa de mi tío, Agnes le recordó que esperaban a los Mason... a las siete. Sí, eso fue lo que dijo.

—Esto no concuerda con lo que han dicho los Mason. La señora Mason asegura que la esposa de su tío la llamó a las cinco.

—Sólo hay un modo de averiguarlo.

—Sí, desde luego. Yendo a hacer una visita a Agnes Sharples... Sé que está con una amiga, en San Mateo. ¿Tiene la dirección a mano?

—No, pero sé dónde es. Creo que alguna vez mi tío me habló de esa casa; en ocasión de un viaje que hicimos juntos, pasamos cerca de ella. Es un lugar inconfundible. Está al Sur, cerca de Colma.

—¿Qué lugar es ése? —inquirió el capitán.

El lugar no podía ser más lúgubre, El cementerio. El Mont Olivet Cemetery, lindante con la colina de San Bruno, en la Hofman Street de San Mateo.

El automóvil del policía seguía al coche del escritor, que iba delante, señalando el camino.

Vincent tuvo que dar una vuelta inútil para orientarse hasta desembocar por fin en Villa Street.

En la esquina se alineaban unas antiguas edificaciones. Vincent detuvo su automóvil frente a una de ellas. Estaba a oscuras.

El policía bajó del coche, tras él. Iban los dos solos.

—¿Aquí? —inquirió el capitán.

El escritor asintió, señalando la casa. Tenía dos plantas, la baja y un piso superior.

—No son horas —murmuró el capitán—. Pero, dadas las circunstancias, cada segundo cuenta.

Bennet buscó el timbre. Llamó, pero daba la sensación de que el aparato estuviese estropeado.

Golpeó la puerta con la mano.

—¡Señora Sharples! Soy el capitán Bennet. Necesito hacerle unas preguntas.

Vincent miró alrededor. Todo estaba solitario, silencioso.

—¿Cómo es esa amiga? —preguntó Bennet.

—No sé. No la he visto nunca. Creo que se conocían de antes de que Agnes se casara con mi tío. Era la única persona que, al parecer, conocía.

Bennet insistió en llamar. Por el fondo de la calle apareció el camión de la basura, que rápidamente vació algunos cubos grandes que se encontraban en las esquinas.

—No contestan. Puede que haya vuelto a su casa de Berkeley —insinuó el joven.

—Llamaré, desde el coche. Hay un agente vigilando la casa.

El camión basurero se detuvo a escasa distancia. Uno de los agentes de la recogida miró a los hombres.

—Si llaman ahí, pierden el tiempo. No vive nadie —dijo, y siguió su trabajo, sin dejar de lanzar furtivas miradas a los hombres.

El capitán se volvió hacia Vincent para preguntar:

—¿No se habrá equivocado de casa?

—Podría ser, pero... No. No. Estoy seguro. Es ésta. Hay un descampado en la otra esquina. Ésta es la tercera casa, y ya entonces era la que tenía peor aspecto.

El basurero vació el cubo, y montó al estribo del camión.

—Hace tiempo que hago este recorrido —gritó— y por eso lo sé. Antes, cuando vivía esa fulana, había siempre luz, a estas horas.

—¿Qué fulana? —preguntó el capitán.

—No sé cómo se llamaba, pero solía tener bastantes visitas. La diñó. La vida —sonrió el basurero, con un gesto resignado.

—¿Dice que la mujer que vivía aquí... murió? —espetó el policía.

Vincent procuraba dominar su asombro.

—Por lo menos hará seis meses. O más, tal vez...

—¿Y no ha visto nunca a nadie aquí?

—A esta hora, no. Ni basura, tampoco. Eso indica que no hay nadie. Por la basura, se sabe. ¡Puaf! Con la cantidad de porquería que meten algunos... Adiós... Si no me creen, pregunten, pero ahora es un poco tarde.

El camión se puso en marcha, y el policía y Vincent quedaron mirándose largamente.

—Me gustaría saber lo que hay ahí dentro. Voy a echar la puerta abajo.

Vincent iba a decir algo.

—Sí. Ya sé... Ya sé que no es legal. Se necesita una orden y tiempo que perder. Tampoco es legal matar, y lo hacen...

El capitán había demostrado sobradamente que era hombre expedito, de decisiones rápidas.

Cargó contra la puerta, que no cedió al primer intento.

—Déjeme a mí.

—Pruebe.

Cargó Vincent, con fuerza. Su vigor físico, propio de la edad mejor del hombre —alrededor de los treinta— cuando la fuerza alcanza su punto máximo, hizo ceder la hoja, rompiendo el cerrojo corriente.

—Apártese —advirtió el capitán, y desenfundó su revólver de reglamento. Dentro estaba oscuro.

—Tengo una linterna —dijo Vincent.

—Cállese ahora —repuso el policía.

Avanzaron a tientas, tratando ambos de habituar sus ojos a la oscuridad.

La mano del policía tanteó la pared, y dio con un conmutador de la luz. Lo accionó, pero no funcionaba.

—Si no hay nadie, la habrán cortado —murmuró Vincent.

—¿No puede cerrar el pico? Habla tan alto que, si estuviera

alguien dentro con malas intenciones, ya nos habría localizado.

Vincent dio un paso adelante, y tropezó con algo.

—¡Eh! ¿Qué hace? —exclamó el policía.

—¿Qué diablos es...? —empezó el escritor, pero enseguida calló.

En sus manos tocaron algo, que consiguió arrancarle una tenue exclamación, al tiempo que en su espina dorsal se paseaba un escalofrío.

La linterna del policía alumbró la escena.

A la luz del foco, el espectáculo hubiera hecho gritar al más templado.

Era el rostro de una mujer. Una mujer asesinada.

—¡Es Agnes! ¡Está muerta! —exclamó Vincent, reconociéndola.

CAPÍTULO XI

La orden especial surtió efecto, y, al cabo de una hora, la casa había recibido la luz eléctrica, cortada por la fábrica desde hacía algún tiempo.

La entrada hacia las veces de *hall* y salita: Su aspecto denotaba el paso del tiempo, sin una mano que lo limpiara, pero conservaba lo que había sido. Decoración llamativa de pésimo gusto, con muebles de chillona tapicería y cuadros de desnudos en la pared.

Había otra estancia contigua, que hacía las veces de comedor y cocina. Luego, arrancando del *hall-living*, estaba la escalera.

En lo alto, había dos dormitorios. Uno, con baño completo y espejos en el techo.

Si el aspecto exterior de la casa resultaba deplorable, dentro habían echado el resto.

Lo que desentonaba, sin embargo, más que el mal gusto de la decoración, no del todo extraña a ciertas casas, era el cadáver de Agnes entre la separación del *hall* y la salita.

—Parece como si la hubieran arrastrado para llevarla hasta la puerta.

El comentario había partido de uno de los especialistas del laboratorio, mientras otros efectuaban las fotografías de rigor.

Otro agente detectó manchas de sangre en la escalera. En el suelo había un jarrón roto.

—Ha habido lucha. Vea esto, capitán —dijo el agente.

Vincent observaba el ir y venir de la policía. Tomaba mentalmente nota de su forma de actuar. Desgraciadamente, por las circunstancias, era testigo de excepción del proceder de los agentes, lo cual significaba una magnífica documentación para sus novelas de crímenes y misterio.

El capitán observó un cuchillo sobre una mesa.

—¿Esto? —indagó.

Alguien replicó:

—No ha sido utilizado. Hemos tomado las huellas. Desde luego, estaba en el suelo, aquí, al pie de la escalera.

El capitán se inclinó de nuevo hacia el cadáver.

—Veamos qué dice el forense... Me interesa, sobre todo, conocer la hora... El asesinato parece evidente que se produjo por estrangulamiento.

Eran casi las tres de la madrugada cuando, en el puesto de policía, el capitán recibía el primer informe. Vincent estaba en su despacho todavía.

—Estrangulada, desde luego —dijo, al colgar—. La muerte se produjo entre las nueve y las diez de la noche. No hay duda de que el cadáver fue arrastrado, posiblemente con el ánimo de sacarlo de la casa, pero luego el criminal debió arrepentirse... ¿Por qué diablos le cuento todo esto? —Reaccionó, al final, el capitán—. ¿Todavía sigue usted aquí?

—Usted me dio permiso, ¿recuerda? Además, en cierto modo, era mi tía... Aunque la verdad, siempre noté algo raro. Tal vez por eso no me ha sorprendido ver aquella casa, el mobiliario, los cuadros. Todo...

—Bueno, váyase ahora. No se puede hacer nada hasta mañana...

Un agente entró en aquellos momentos, y entregó unas fotos al capitán.

—Tome, por si quiere verlas —eran las fotos que habían sacado de Agnes.

El capitán las miró por encima, y las dejó a un lado de la mesa. Vincent vio otras. Observó que se trataba de otro cadáver. Era el de su tío. Tomó una para curiosear.

La foto era una de las muchas que habían realizado tal y como había quedado el cadáver, con las manos semiextendidas, sin llegar a formar una cruz.

Tomó otra, y la observó. Era una ampliación del punto donde penetraron las balas.

—¿Por qué no las toma todas? —preguntó el capitán, lanzando un bufido.

El agente informó:

—Ya tengo lo que me ha pedido, capitán.

—¿Tan pronto? Eso se llama trabajar rápido.

—Irina Dover había sido cliente de la casa.

Vincent sabía que hablaban de la propietaria de la casa de San Mateo. El agente continuó:

—Su verdadero nombre era Ernestina Martínez Sprangle.

—Con ese nombre y su profesión... no es extraño que lo cambiara —sonrió el capitán—. Continúe.

—Tenía la casa alquilada desde hace ocho años. Todo esto consta en nuestros archivos.

—¿Por qué la tenemos ahí?

—Sospechosa de un asunto de tráfico de estupefacientes. No se pudo probar que ella tuviera algo que ver.

—¿Qué más?

—Corrupción.

—Salta a la vista.

—Últimamente la dejaron en paz.

—¿Hay algo de Agnes en los archivos? —intervino Vincent.

El agente, tras un silencio, murmuró:

—Lo hemos mirado, desde luego, pero no hay nada.

—De todos modos, eran amigas. Sé que ella la nombraba a menudo —adujo Vincent, y volvió a las fotografías. Vio nuevas ampliaciones de otros puntos, las piernas, los brazos, las manos, la ropa casi en primer plano, agujereada por las balas.

—Parece... que el asesino tenía buena puntería. Aquí se ven claramente los agujeros.

—Bueno, ¿se va a dormir o quiere que le echemos? —espetó Bennet.

Vincent todavía retuvo una de las fotografías en sus manos.

—Es una extraña sensación...

—¿El qué?

—Ver a mi tío, así...

—Si le impresiona, no lo mire.

—No. No es la impresión... Era un hombre mayor, pero sé que en el fondo sentía una gran ilusión de vivir. Se cuidaba mucho.

—Sí. Es lo que me dijo Mason, pero de poco le servía. Estaba enfermo.

—Tenía alguna dolencia en el estómago, pero carecía de importancia.

—Eso es lo que creían, pero estaba más débil de lo que quizá él

mismo pensaba, o tal vez lo sabía, esto ya no es posible precisarlo.

—Me sorprende, capitán.

—En el informe médico viene escrito. Puesto que usted es el único familiar, tiene que saberlo.

—¿Qué le ocurría a mi tío?

—Tenía una enfermedad cancerosa en la sangre. Y su tensión era muy baja. De haber realizado un trabajo activo, no lo hubiese soportado.

—No... No lo sabía —murmuró Vincent.

Iba a salir, cuando el capitán le llamó para decirle:

—A propósito, Vincent... Muerta Agnes, usted será el beneficiario de los bienes de su tío.

—¿Eh?

—Los seguros de vida. Le corresponden, por derecho.

El joven salió de la oficina, sin replicar.

Su cabeza era como un revoltijo y, al repasar los últimos acontecimientos, anhelaba ponerlos en orden. Como escritor, no era la primera vez que embarullaba un asunto para desmenuzarlo y reconstruirlo de forma clara para el futuro lector.

Se planteaba misterios, que luego resolvía con lógica, pero ahora se hallaba ante un caso real, con asesinatos de verdad, y con un criminal que andaba suelto por San Francisco o por los distritos contiguos que forman el área metropolitana. Y un hombre incomprensiblemente fugado del hospital se hallaba mezclado entre los cuatro millones y pico de habitantes. Un asesino. Un asesino sin rostro conocido.

CAPÍTULO XII

Ninguna noticia había tenido el capitán cuando, a la mañana siguiente, se hallaba en el hospital, tratando de reconstruir la fuga del asesino.

—Solo o acompañado, es lógico suponer que, una vez consiguió alcanzar el jardín, se refugió en la parte del depósito de cadáveres.

Hablaba, con un plano del hospital en el despacho, que el ayudante del director le había cedido.

Estaba rodeado por sus agentes, que escuchaban las conjeturas del policía.

—Bien —siguió Bennet—. Se supone que allí el auxiliar Jimmy Simmons le sorprendió, y nuestro hombre le asesinó, ocultando su cuerpo bajo un lienzo.

Hizo una pausa y añadió:

—Y aquí empieza lo incomprensible del asunto... Porque si tuvo tiempo de hacer todo esto, quitando la ropa al cadáver... ¿Por qué no huyó?

—Tal vez —adujo Cabot— se acercó alguien, y pensó que sería mejor huir.

—De acuerdo, de acuerdo, pero ¿por qué no huir hacia la calle? Sin embargo, fue visto en el jardín, y desapareció... No hay ningún otro sitio posible...

—¿Por qué no suponer que estaba en el basurero, mientras nosotros tratábamos de averiguar qué se escondía debajo del lienzo que cubría el cuerpo de Simmons?

El capitán asintió:

—Sí. Es verdad. Allí perdimos algún tiempo, pero aun así, insisto... pudo huir a la calle... —hizo una pausa y siguió:

—A menos que cuando intentara hacerlo... coincidiera a pasar por allí alguno de los agentes.

—Exacto, señor —adujo Cabot—. Y mientras tanto, él había

permanecido escondido en el basurero...

—Bien, pongamos por caso que termina de desnudar a Simmons, y se dispone a salir. Se da cuenta de que los hombres le buscan por el jardín, y se esconde. Luego, cuando cree que ya ha terminado la búsqueda, va a salir y le descubren... Si se mete de nuevo en el edificio, descubre su escondrijo, y por ello opta por buscar otra salida, pero siguen habiendo dos puntos oscuros. Primero, ¿qué salida? Segundo... El informe del forense dice que Simmons, el auxiliar del hospital, murió alrededor de las seis. La enfermera asegura que a las seis menos cuarto le vio en la cama, si a las seis ya había liquidado a Simmons, quiere decir que tuvo media hora de tiempo, porque su desaparición no se descubrió, siempre según la enfermera, hasta las seis y media... Señores, en media hora hay tiempo para hacer muchas cosas. Sobre todo, quien se ve acuciado por las circunstancias... Asombra, por un lado, la presteza con que un hombre oficialmente grave saltó de la cama y salvó tres pisos de distancia, valiéndose de una cuerda o del tubo del desagüe, y por otro lado, que tardara tanto en hacer el resto, tanto —insistió— que fue visto casi una hora después, porque eran las siete cuando el agente descubrió su sombra. Aquí, por tanto, hay una pieza que no encaja, no señor... Hablaré de nuevo con la señorita Polack.

Poco después, el capitán era informado que el turno de la Polack no empezaba hasta las tres de la tarde.

—Podemos esperar hasta entonces —repuso el capitán.

—Sé que anoche quería decirte algo —se dirigió Sandie a Vincent—. Con lo sucedido, se me olvidó.

Estaban en el restaurante donde ella tomaba el breve almuerzo en el descanso de mediodía, en la oficina donde trabajaba.

El escritor había aprovechado para reunirse con ella.

—¿Qué es ello?

—Fue ayer... en el hospital, cuando estábamos en la habitación de ese hombre, con el capitán.

—Sí, recuerdo.

—Entró la enfermera.

—Sí. Fue al final.

—Me fijé en ella. El capitán había hablado de la posibilidad de que el asesino tuviera un cómplice.

—Exacto.

—Fue entonces... Aquella chica palideció.

—¿Palideció?

—Sí. Como... como si, de repente, le hubiese entrado algún temor. No sé... Tal vez puedo estar equivocada, pero fue como un presentimiento.

—¿Quieres decir que ella...?

—Trabajaba en el hospital.

—¡Claro! ¿Dónde mejor que tener un cómplice? —Y Vincent, tras un silencio, añadió—: Pero... el asesino no podía saber que lo llevarían al San Francisco Hospital precisamente... Es extraño. Hablaré de ello con el capitán.

—Tengo que marcharme ya. Es la hora.

—Estaré aquí cuando salgas.

—Me gustaría, pero no te preocupes si no puedes... Estoy bien protegida —y con un gesto, indicó a través de un espejo.

En una de las mesas había un hombre tras un periódico.

—¿Policía, eh?

—Sí. El capitán llamó para decirme que iban a vigilarme, y que no me asustara si viera a alguien siguiéndome.

—De todos modos, estaré más tranquilo si estoy yo contigo. Hasta luego, cariño.

Salieron del restaurante contiguo al edificio en una de cuyas plantas trabajaba Sandie.

Un beso fugaz a la entrada, fue la despedida.

Vincent, al pasar de nuevo por delante de la cafetería, vio cómo el hombre del periódico salía con aire indiferente para entrar en el edificio.

El escritor alcanzó su coche y tomó rumbo hacia la Central de Homicidios de la ciudad.

—¿Otra vez por aquí? —Había gruñido Bennet, al ver entrar a Vincent.

En un momento, el joven le puso al corriente de la posible pista.

—Si todo esto es lo que se le ha ocurrido, no cabe duda de que los escritores toman a los policías por idiotas... Para su tranquilidad, esta tarde interrogaré a la señorita Polack. Hay ciertas cosas que no consigo aclarar. Como, por ejemplo, un detalle que tal vez no se le ha ocurrido.

—¿Cuál?

—Veamos cuál es su opinión, Vincent... El asesino fue a casa de su tío, con el propósito deliberado de matarle. Esto está claro, ¿no?

—Sí.

—Le abrió la puerta Agnes.

—Sí.

—¿Por qué no la mató entonces? Podía hacerlo. La tenía delante... Sin embargo, tuvo que esperar tres días para matarla en aquella casa.

—También había pensado en esto, capitán, pero no sé... quizá en aquel momento no lo creyó necesario, pero luego pensó que tal vez ella podía reconocerle y...

—Sí. Es posible. Nunca se sabe lo que pasa por la mente de un asesino; no obstante, puede existir otro motivo.

El escritor guardó silencio.

—Ande... desarrolle su inteligencia. Rechazado el cambio de opinión, ¿qué motivo puede haber...? De los varios, uno solo...

—Que... Agnes y el asesino estuviesen de acuerdo, y que luego discutieron y...

—No está mal, pero debemos rechazarlo, si miramos el asunto por el lado del interés. Recuerde la cuantiosa suma que debía cobrar la viuda... Si había convencido a alguien para que matara a su marido, debió ser con la promesa de repartir ese dinero.

—Tal vez, pero no sé... ¿Y qué beneficios reportaba la muerte de Welles?

—Despistar. Hacer creer que se trataba de una venganza.

—Bien... ¿Qué otro motivo puede existir, pues, para justificar el asesinato de Agnes?

—Motivo, no, más bien razón.

Tras una pausa, el capitán añadió:

—Dos personas.

—¿Qué?

—Dos asesinos distintos. Un profesional que tiene una puntería infalible; lo ha demostrado; y otro, un hombre fuerte, de músculos vigorosos, capaz de estrangular limpiamente a una mujer. Digo limpiamente porque estrangular a alguien cuesta más de lo que algunos piensan. El trabajo debe hacerse rápido porque es lógico que la víctima trate de defenderse... El asesino lo hizo de frente, y muy rápido. No dio tiempo a su víctima a utilizar el cuchillo...

También la muerte de Simmons fue producida por un solo golpe, muy preciso... No, Vincent, no se puede pensar en el hombre fugado del hospital. Lógicamente, tiene debilitadas sus fuerzas. Ha de haber otro...

—¿Quién?

—Eso me pregunto yo, ¿quién?

El hombre de la gabardina oscura apareció en la esquina, y miró un momento hacia la casa.

Era una edificación sencilla, de dos pisos, en la colina.

El hombre cruzó la calle rápidamente. Visto de espalda, no ofrecía ninguna característica especial. Andaba deprisa, y no se detuvo hasta la puerta del pequeño edificio señalado con el número 1440.

Se metió dentro. Había una puerta en la planta baja y otra que subía al piso alto.

Llamó con los nudillos en la puerta de los bajos.

En el interior, y sobre la mesita del dormitorio, un reloj señalaba las dos y cuarto de la tarde.

La enfermera, señorita Polack, salió del baño, con la toalla enrollada al cuerpo.

—Un momento. Ya voy. Ya voy —dejó caer la toalla, y tomó una bata bastante corta. Se la puso rápidamente, mientras el timbre seguía sonando con insistencia.

Fue a la puerta y abrió. Su rostro se contrajo en una mueca de miedo.

—No... No debe usted... —empezó.

Pero su visitante la empujó con violencia, y cerró rápidamente la puerta.

Una butaca detuvo a la joven, impidiéndole caer. Maquinalmente, se cubrió mejor con aquella bata que se había puesto para ir a abrir.

—Usted mató a la señora Sharples... He leído esta mañana el periódico y...

El hombre la atajó, y con voz susurrante espetó:

—No supe elegirte, pequeña... Eres demasiado miedosa, y te excitas fácilmente... Contigo se corren demasiados riesgos...

—No, no —gritó ella que, librándose de la barrera de la butaca, retrocedía hacia atrás en la pequeña, sencilla pero coquetona

estancia. Al fondo, había una ventana que daba a la calle.

El hombre avanzó hacia la joven, y esgrimió una pistola automática.

Ella sacudía la cabeza violentamente, en señal negativa. Un nudo de terror en la garganta le impedía chillar.

—No... No hablaré. No diré nada.

El hombre montó la pistola. Ella comprendió que no vacilaría en disparar.

¡Estaba allí para matarla!

Se volvió. Vio la ventana, y se precipitó hacia ella.

El asesino disparó.

Algo se había encasquillado, y la bala no salió.

La Polack abrió el cristal hacia un lado.

El nuevo intento de matarla falló a causa del arma. Ella alcanzó la calle, y corrió con todas sus fuerzas.

Su exigua vestimenta llamó la atención a un par de transeúntes. Eran jóvenes, y gritaron:

—¡Eh! No tengas tanta prisa. Eso hay que verlo despacio.

La enfermera dobló la esquina. Al fondo, había una cabina telefónica. A cincuenta metros, junto al callejón.

Jadeante, tratando de ganar aquella carrera contra la muerte, alcanzó el teléfono. ¡Pero no tenía dinero...!

Vaciló.

Pasó un hombre.

—Monedas, por favor... Tengo que llamar a la policía. Me siguen para matarme...

Con el pelo revuelto aún, y aquella mínima vestimenta, el hombre sonrió, complacido de mirarla.

—Lo que tú quieras, guapa —dijo, pero no hizo ningún ademán para sacar el dinero.

—¡Por lo que más quiera!

—¡Sí, guapa, sí...!

Por fin, el hombre le dio unas monedas.

Ella entró en la cabina. Estaba nerviosa, las monedas se le escapaban de la mano.

El hombre se situó a un lado de la acristalada cabina para observarla mejor.

Por fin, ella consiguió marcar un número.

—Con la policía, deprisa. Central de Homicidios, capitán Ben...

No concluyó el nombre. Sonaron dos disparos en aquellos momentos, que rompieron el cristal de la cabina haciéndolo pedazos. Las balas siguieron su curso hasta alojarse en el cuerpo de aquella muchacha que, medio desnuda, trataba de salvar su vida.

Cuando el hombre reaccionó, y otro transeúnte se volvió para intentar averiguar qué era exactamente lo que había sucedido, el asesino, el hombre de la gabardina oscura, había doblado ya la esquina.

Poco después, un automóvil descendía rápidamente la colina.

CAPÍTULO XIII

Los fogonazos de los fotógrafos de la policía entraron en funcionamiento una vez más, ante una multitud de curiosos que los agentes de uniforme se afanaban en dispersar.

—Cúbranla pronto, y hagan que esa gente se largue. Esto no es ningún espectáculo —gruñó el capitán Bennet.

Luego, se volvió hacia el testigo más próximo del suceso.

El hombre estaba anonadado.

—Si le hubiera dado esa moneda más aprisa... No sé... perdí unos segundos. No pensé que pudiese hablar en serio. ¡Dios mío! Yo estaba aquí... Vi cómo todo enrojecía por la sangre... Una muchacha tan linda...

—Vaya al grano... ¿Pudo ver al asesino? —cortó el policía.

—No. No le vi... Pero pasó un coche... En eso sí me fijé... Iba a toda velocidad. Algunos gritaban, señalándolo... —Tendió un papel al capitán—. No sé si anoté la matrícula correctamente. Mire...

—Bueno, al menos hizo algo por esa muchacha. Deme eso —y el capitán leyó un momento, y pasó la nota a uno de los agentes.

—Averigüen a quién pertenece. Seguramente será robado, pero, si nos damos prisa, puede que no tenga tiempo de dejarlo. De momento, que alerten a todas las patrullas y agentes de servicio. ¿Sabe la marca?

El hombre asintió, tragando saliva:

—Juraría que era un «Chevrolet»... ¡Cómo corría! Tenía que conducirlo el asesino. El disparo salió cerca de la esquina. Ahora estoy seguro. Entonces no me di cuenta de nada.

—Está bien, deje sus señas al agente, por si le necesitamos. Nada más, por el momento, gracias.

La emisora central había alertado ya a los coches patrullas, repitiendo las señas del «Chevrolet», con el número de la matrícula.

La televisión detuvo el programa que estaba haciendo para informar del nuevo crimen del asesino sin rostro. Así era como ya se le llamaba corrientemente.

Los Mason, desde su casa, seguían, aturridos, las palabras del locutor. Richard Mason estaba pálido.

Bennet, apenas regresar a su despacho, recibió la visita de Koster. Venía con aspecto demudado, como si hubiera realizado el viaje a pie, desde el otro lado de la bahía.

—Síntese. ¿Tiene algo que decirme?

—Sí, capitán... Y lo confieso, tal como están las cosas, estoy asustado... —sonrió—. Bueno... no quisiera que esto trascendiera. Yo...

—Serénese y tranquilícese. ¿Qué le ha ocurrido?

—He recibido una llamada telefónica anónima.

—¿Qué le han dicho?

—Que yo... que yo sería el próximo.

—Ya... —repuso el capitán, como si ya esperara algo parecido.

—Es un exterminio lo que se proponen, capitán... Ahora sí que tendré que pedirle protección.

—A este paso, voy a quedarme sin gente... Y si esto sigue, hasta sin empleo. ¡Siempre se nos escapa por los pelos...!

Se hizo una breve pausa, que el propio Bennet interrumpió para preguntar:

—¿Ha identificado la llamada?

—Lo intenté, desde luego, pero fue inútil. Y la verdad es que he preferido venir personalmente...

—¡Capitán! —Entró un agente—. Hay una llamada de un tal Richard Mason.

—¿Qué pasa?

—Dice que el «Chevrolet» que conduce el asesino es suyo. Acaba de comprobar que le ha sido robado del *parking* cercano a su casa, donde suele dejarlo, al regresar de la editorial.

—Gracias. ¿Se sabe algo de su paradero?

—Todavía no, señor.

—Bien, señor Koster, yo tengo que hacer una visita a Mason. No se preocupe. Daré órdenes para que le sigan a todas partes.

—Capitán... ¿Sigue pensando que Mason...?

—No pienso nada... Pero se da la circunstancia de que un criminal ha utilizado su coche. Eso es todo...

Eran las seis de la tarde cuando Vincent entraba con el automóvil en el jardín de la mansión de los Wells, acompañando a Sandie. La muchacha había salido media hora antes de la oficina.

El auto del policía que la custodiaba llegó un momento después.

—Será mejor que no salgas para nada. Después de lo ocurrido a la enfermera...

El joven se había enterado, a través de la televisión, mientras estaba en un bar, y por el camino lo explicó a la muchacha.

—No tengo miedo, pero si esto dura mucho tiempo, no sé lo que pasará...

—Me consta que el capitán trabaja al máximo, sin embargo, no sé... Tengo un extraño presentimiento. Tal vez son figuraciones, pero esos crímenes... no parecen normales. Toda la noche he estado pensando en lo mismo... Es como... como si tuviera algo delante, y no supiera verlo.

La llegada de un nuevo coche interrumpió a Vincent. Enseguida apareció el capitán.

—Me alegro de encontrarla, señorita, y a usted también, Vincent... Harán bien en no exhibirse demasiado.

—Ya sé la noticia, capitán. Precisamente le estaba diciendo a Sandie que no saliera.

—No sabe la última noticia. Koster ha venido a verme. Le han amenazado por teléfono... ¿Puedo entrar?

—¿A Koster? —inquirió Vincent.

—Sí. A Koster. Ahora acabo de hablar con Mason, otra vez. El asesino robó su coche para ir a casa de la enfermera.

—Pase, capitán —invitó la muchacha.

La habían visto llegar, y Don, el hermano de Sandie, le franqueó la entrada.

—Buenas tardes, capitán.

—Tengo que hacerles algunas advertencias —repuso el policía.

—Si no me necesita... —empezó el escritor, ante la mirada hostil de Don Wells.

—Pase usted. También quiero que esté presente. Entre todos, tienen que ayudarme. Lo mismo le he dicho a Koster.

Se acomodaron en el salón.

El policía encareció:

—Estamos ante un loco homicida... Esto ya es más que una venganza... Asesina a todo aquel que pueda identificarle, porque está claro que a la Polack la mató para que no hablara. Es necesario que ustedes, que son los más directamente afectados, piensen... Tienen que conocer al asesino. Con toda seguridad, es una persona a la que han tratado. Un amigo de su tío, Vincent, o de su padre —añadió, dirigiéndose a los hermanos Wells. Intenten recordar, y entretanto no salgan de su casa. El asesino tiene que dar un paso en falso, sabe que le estamos cercando.

Se hizo un silencio.

—¿Qué dijo Mason? —interrumpió Vincent.

—Aseguré que había dejado el auto en el *parking*, como de costumbre. Llegó a la una a su casa, y se puso a trabajar, como era su costumbre. Ya no se preocupó del coche hasta que su mujer oyó el aviso por televisión. El hombre estaba muy nervioso. Koster sigue respondiendo por él.

—¿Mason? —inquirió, dubitativo, Don.

—Sí. Me dijo que iban a nombrarle director general, y que con el tiempo...

—¡Un momento! —cortó Don Wells.

—¿Acaso no es verdad lo que digo?

—No, capitán. Es cierto que se había hablado de ello... Y mi padre estaba decidido, pero últimamente ocurrió algo. Koster no puede saberlo porque estaba de viaje.

—¿Qué es lo que ocurrió?

—Si ha visitado la casa de Mason, ya ha visto que le gusta vivir bien. Tiene cuadros de firma, caros, y un lujo que no se puede permitir. Gana dinero, es cierto, pero no se priva de nada. El «Chevrolet», la decoración de su hogar, los muebles... Todo, de primera calidad.

—Si puede pagarlo...

—No, no puede. Se metió en deudas, y yo averigüé que incluso apostaba a los caballos. Él trata de salvar las apariencias, pero la verdad es que va de mal en peor.

—Siga.

—Mi padre quiere otra clase de persona para el puesto que piensa ofrecer. Es decir... quería otra clase de persona...

—¿Se lo dijo a él?

—La noche antes del crimen. Por eso Koster aún no sabía nada. No ha habido ocasión para hablar de ello. Sólo yo estaba enterado... Y Curtis, el jefe de redacción. Con lo ocurrido, Koster no ha tenido tiempo de enterarse.

—Pero... ¡Mason lo sabía! —espetó el policía.

—Ya le digo que sí... Y papá me habló de ello. Parece ser que hubo una discusión...

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Porque... porque Mason no es de la clase de hombres capaces de hacer una cosa así. Es pusilánime... carece del valor suficiente.

—Pero pudo pagar al asesino...

—No, no. No tenía dinero para ello.

—Esto cambia las cosas, señor Wells...

—¡Mason! —exclamó la muchacha, incrédula también.

—Ahora tendrá que contar algunas cosas, que he omitido preguntar —repuso el policía, poniéndose en pie.

—Cumpla con su deber, capitán —repuso Don—. Pero insisto... No es la clase de persona que mata... Es tortuoso, y para vengarse buscaría otros métodos.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque le he tratado.

—¿Trabaja usted en la editorial?

—Sí. Me ocupo del almacén. Mi padre era muy tradicional, y quiso que empezara desde abajo, que lo conociera todo. Ahora, dirijo la distribución.

—¿Y su padre... no pensaba ponerle en su sitio?

—Él sabía que me gusta tratar con la gente. Yo estaba destinado a pasar a Relaciones Públicas, cuando Koster se retirara. Viajar, moverme. Esto es lo mío. Calentar un sillón y discutir con escritores, lo detesto. No me gusta el trabajo puramente administrativo.

—Entonces... ¿a quién pensaban dar el cargo?

—Cuando hablamos, la víspera de su muerte, dijo que había reconsiderado lo que le insinuó Koster.

—¿Mi tío? —inquirió Vincent.

—Sí. Walter Sharples. Dijo que, al menos, tendría a alguien de su confianza. Que Sharples se había hecho acreedor a tal distinguo, y

que, bien guiado, podría llegar a ser, por su experiencia, sino el hombre ideal, sí el que, de momento, parecía más indicado. La verdad es que papá estaba enfermo. Él lo ocultó a todos, pero se encontraba cansado. Le urgía tomarse un descanso.

La viuda que, presente en la conversación, hasta aquel momento había permanecido como al margen, intervino:

—Yo lo sabía desde hacía tiempo. Aunque él tratara de ocultármelo. Sí. Hay cosas que una esposa sabe, sin necesidad de que se las digan...

Vincent guardó silencio. Pensaba en su tío. En aquel premio que ya nunca iba a recibir.

Don Wells continuó:

—Momentáneamente, Walter hubiese ocupado el puesto. Luego, si las cosas hubiesen marchado de acuerdo con lo que mi padre quería, le habría dejado como efectivo.

—Y... Mason, ¿sabía que Walter Sharples iba a ser el sustituto?

—Sí, desde luego —afirmó el hijo del difunto.

—Bien. Gracias. Ahora, tengo que irme.

Antes de hacerlo, se volvió para preguntar:

—¿Y ahora... muerto su padre y Sharples... quién lo ocupará?

—Mason, no, desde luego —contestó, categórico, Don—. Lo haré yo. Me guste o no, tengo que hacerlo.

El policía abandonó definitivamente la casa.

CAPÍTULO XIV

Una edición especial nocturna era cantada por las esquinas. Un periódico había hecho una tirada extra para anunciar:

«DETENCIÓN DE RICHARD MASON COMO
SOSPECHOSO DEL ASESINO SIN ROSTRO

El segundo asesor de la editorial Wells y Koster podría estar complicado en alguno de los crímenes.

La policía no ha dado ningún informe definitivo, pero se sabe que esta tarde el capitán Bennet ha procedido a la detención del asesor».

También las cadenas de televisión informaban al respecto. La detención no tenía carácter formal, pero el capitán haría uso de su derecho de retener al sospechoso para interrogarlo dentro del plazo que señala la ley.

Aquella noche, Mason confesó algunas cosas, relacionadas con su vida privada.

Mayor número de gastos que de ingresos, etc. Pero insistía en que cuando se habían cometido los últimos asesinatos, estuvo siempre en su casa y que su mujer era testigo; pero el testimonio de la esposa, en casos de asesinato, tenía escaso valor. Era parte interesada y, por lo tanto, fácil de destruir cualquier prueba verbal.

—Soy inocente. Yo no lo hice —exclamó, una y otra vez, mientras seguían lloviendo las preguntas.

La antesala estaba llena de periodistas, ansiosos de información.

El capitán salió un momento, y se vio asaltado.

—Ninguna declaración que hacer. No insistan, no tengo nada que decir...

Los reporteros le acosaban, soltaban sus fogonazos.

—Déjenme, déjenme. Ya les he dicho que, de momento, no hay nada.

Y dentro, el interrogatorio seguía.

Algunas veces, el nerviosismo hacía confundir a Mason, se contradecía.

—Dijo que anoche estuvo en casa, y ahora afirma que salió a tomar el aire. ¿En pleno invierno, señor Mason? ¿Cuándo ha dicho la verdad, antes o ahora?

—Salí sólo un momento. Ustedes no saben lo que es pasarse una tarde leyendo cosas que la mayoría de las veces no interesan... Necesito pasear de cuando en cuando.

—De acuerdo, volvamos con Sharples... Usted dijo al, capitán que lo apreciaba mucho, y hace un momento ha confesado que le consideraba engraido... Otra contradicción... Tenía motivos para matarle. Iba a ocupar un puesto que le habían prometido a usted... ¿Y qué nos dice de Wells? El conocía una faceta de su vida que usted pretendía ocultar... ¡Vamos, Mason! Confiese. ¿A quién convenció para que matara a los dos?

Otro intervino para decir:

—Cuando averigüemos que usted y la enfermera Polack eran cómplices, ya no tendrá argumentos para proclamar su inocencia, Mason. Es mejor que confiese ahora.

En la antesala, un periodista insistió con una pregunta:

—Capitán. ¿Le interrogan sin la presencia de un abogado?

—Mason no lo ha querido. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Le han advertido de sus derechos?

—Siempre lo hacemos. ¿Es que alguien lo duda?

Y dentro, Mason, vencido ya, declaraba:

—No quise ningún abogado porque pensé que, siendo inocente, bastaría para que me creyesen. Ahora no pienso decir nada más. Quiero llamar por teléfono.

—Está bien —accedió uno de los agentes—. Está en su derecho, pero seguirá aquí hasta que confiese...

Vincent había pedido anteriormente permiso al capitán para ir a casa de su tío. De hecho, sin más parientes, aquella casa le pertenecía a él.

Sin embargo, no era su afán de posesión lo que le había guiado hasta allí. Había algo confuso en su mente... Algo que le empujaba

hasta la casita de Berkeley. Sí... Era como una sensación de que en aquellas paredes pudiera encontrar alguna clave...

Y allí, en el estudio donde murió su tío, recordaba pasajes de anteriores visitas, palabras de su tío: las últimas:

—«Crees que he sido yo quien te ha vetado... No sabes lo que dices».

Luego, la actitud un tanto extraña de Agnes. Ella tampoco había hecho nada para resultar simpática.

Agnes apenas hablaba.

Ahora que sabía cuál había sido la vida anterior a su matrimonio con tío Walter, pensaba más intensamente en el asunto.

¿Sabía su tío, cuando se casó con ella. —Agnes—, que por las apariencias, no debía ser una mujer demasiado digna?

¿Y ella? ¿Por qué se había casado? ¿Por qué se había casado con el asesor?

Vincent recorrió la casa. Primero, el dormitorio, camas separadas. Habla alguna ropa sobre el lecho que solía ocupar su tío. Agnes, al marchar de la casa, no había arreglado la habitación.

Como un resplandor fugaz, creyó ver en su imaginación las fotografías de su tío, muerto, que había examinado la noche anterior en el despacho del capitán.

Luego, también vio a su tío moverse en la mesa, luchando con aquel manuscrito, al que pretendía quitar las grapillas para corregir las páginas mal puestas.

Bajó de nuevo a la planta baja, y se dirigió al sótano. Allí tenía Walter su laboratorio. Tenía bastantes fotos sueltas y clisés... Recordó que había ido a sacar algo del revelador, cuando él se marchó.

Pasó al otro lado, separado por una cortina. Allí tenía las paralelas, el potro que utilizaba para mantenerse en forma.

Tenía cáncer de sangre, pensó, recordando las palabras del capitán.

Al echar un segundo vistazo, tuvo la sensación de que algo se le escapaba... No sabía exactamente el qué... Pero allí había un detalle concreto... ¿Qué era?

Al subir arriba y volver al despacho-estudio, pensó en voz alta:

—Cuando yo llamé por teléfono para saber si me había olvidado el encendedor, debían ser...

Sus ojos tropezaron entonces con la máquina de coser grapillas. Jugueteó con ella.

—Cuando llamé por teléfono eran... —siguió pensando— las seis y veinte minutos, y el asesinato ocurrió apenas colgar el teléfono...

Dejó la máquina de coser grapillas, y entonces vio el encendedor, junto al teléfono. Era el suyo, sí, inconfundible a gas, regalo de Sandie.

Lo miró como un objeto extraño, fijándose en la proximidad del teléfono.

¿Por qué su tío no le había dicho que estaba allí? No le había podido contestar desde el laboratorio porque abajo no había teléfono, sólo uno en el despacho y otro en la habitación...

—Parecía nervioso —pensó, de nuevo hablando consigo mismo—. No vio el encendedor o acaso...

¿Qué le ocurría a su tío? ¿Sabía, acaso, lo de su enfermedad? ¡Tenía que saberlo! De cualquier modo, algo le ocurría...

¡Y le asesinaron como quien dice apenas colgó el teléfono!

¡Era el asesino quién estaba llamando a la puerta aquella noche del viernes anterior!

Volvió a la alcoba, y estuvo mirando, sin saber exactamente qué... Se sentó en la cama, y sus ojos se fijaron en algo determinado.

La casa de Koster estaba perfectamente vigilada, pero el socio de Wells no dormía; paseaba nervioso, intranquilo. Asomó para asegurarse de que el auto de la policía, aunque sin distintivo, seguía delante de la casa.

También la mansión de la colina, propiedad de los Wells, tenía reforzada la vigilancia.

En Homicidios, seguía el interrogatorio a Mason, pero ahora en presencia de un abogado.

CAPÍTULO XV

Eran las ocho de la mañana cuando Vincent se hallaba en el despacho del doctor Latimer. Se estaban despidiendo.

El médico de su tío atendió personalmente al escritor, Al darle la mano, Vincent agradeció:

—Gracias. Es todo cuanto quería saber.

—Me hubiera gustado ir al entierro, pero me hallaba ausente. Regresé anoche. Es monstruoso lo que está ocurriendo.

—Sí, doctor. Lo es. Disculpe, ahora tengo qué hacer.

Salió de casa del doctor Latimer, y tomó el coche para dirigirse a su pequeña residencia de la bahía de San Pablo.

Entretanto, el ayudante del jardinero, aquel hombre sordo como una campana, hacía un descubrimiento al cavar en el suelo de la parte trasera del San Francisco Hospital.

Primero fue un vendaje, algo que parecía no tener fin. Luego, su pala tocó algo carnoso... al separar la tierra, el hombre quiso gritar, pero un nudo en la garganta se lo impidió. Allí había un cadáver. Un cadáver con la cabeza completamente vendada.

Y el hombrecillo, como si le persiguiera el mismo diablo, echó a correr hacia una de las entradas laterales del edificio.

Diez minutos más tarde, el doctor Hunter llamaba al despacho del capitán Bennet.

—Sí, capitán. Estoy seguro. Es el cuerpo del hombre que creímos se había fugado. Está muerto, desde luego. Y añadiría que lleva muerto desde el mismo día que huyó.

Hunter colgó el teléfono.

Veinte minutos más tarde, el capitán y unos agentes examinaban el cadáver.

Bajo los vendajes existían todavía las heridas, que lo hacían casi irreconocible, y más aún porque empezaba a descomponerse.

—Veamos sus manos. Sería necesario practicarle la necrodactilia

—dijo el capitán.

Pero las huellas dactilares estaban ya prácticamente borradas.

—Trabajaremos aquí mismo. El forense no puede tardar —repuso el capitán.

Eran las nueve de la mañana cuando Vincent llegó a su pequeña morada de la bahía de San Pablo.

Necesitaba buscar algo que guardaba entre sus papeles. Se trataba de documentación personal, que solía tener siempre a mano, copiada de libros, para no tener que buscar. Cogió la libreta, y buscó la página donde tenía anotado:

«Huellas dactilares».

Leyó unos momentos y anotó el nombre de unos productos reactivos. Luego, rápidamente, abrió unos cajones, en busca de algo más. A su vista apareció un revólver. Lo tomó, pero luego optó por dejarlo en su sitio. Sacó del mismo cajón algunas cosas, que metió rápidamente en una cartera de mano, y corrió al teléfono.

Marcó el número de la sección de Homicidios de la división de San Francisco.

Le informaron que el capitán no estaba, sin darle más explicaciones.

—No importa, sólo quiero hacer una pregunta...

Entretanto en el San Francisco Hospital...

El forense murmuró:

—Bueno, no creo que puedan conseguir mucho, pero menos es nada. Adelante con esas huellas.

Hunter intervino:

—Siempre es bueno conocer las nuevas técnicas de la policía, pero... ustedes ya tomaron las huellas a ese hombre cuando le trajeron inconsciente.

—Sí, lo sé. Es sólo una comprobación —repuso el capitán.

—¿No pudieron identificarle antes? —preguntó Hunter nuevamente.

—No, no pudimos. No está fichado.

Posteriormente, Cabot, en un aparte, preguntó al capitán:

—Las huellas fueron transmitidas, ¿verdad?

—Sí, Cabot, pero no pertenecen a nadie fichado. Ahora, trato únicamente de comprobar, dentro de lo posible, si ése es el mismo

hombre. No nos hemos dormido, las primeras huellas se remitieron también a la Interpol. Puede tratarse de un extranjero, no hay que olvidarlo.

—¿Cómo va el interrogatorio con Mason?

—Mal —repuso el capitán.

Vincent llamó a Sandie, desde su casa.

—Ahora no puedo decirte nada, pero es posible que pasemos algunos días sin vemos.

—¿Qué te propones?

—No puedo decírtelo ahora, querida. Confía en mí.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde San Pablo. Adiós, querida. No intentes verme. Sigue en tu casa hasta que todo se aclare. Presiento que ya no tardará.

Cuando colgó, se dirigió hacia la salida. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de la carta que había en el suelo. Alguien debió arrojarla por debajo de la puerta. La cogió, rompió el sobre, que estaba en blanco, y advirtió que la nota —breve— había sido escrita con recortes de revistas y periódicos para formar las palabras.

Decía:

«Vaya solo al monte San Bruno, en San Francisco y en toda California existen muchos nombres que conservan su grafía española, tal como los que aparecen en esta novela. El viernes. No tiene nada que temer».

No había firma. Se guardó la nota en el bolsillo, y quedó pensativo, mientras encendía un cigarrillo.

—Sí... —murmuró para sí.

Al ponerse la gabardina, la carta que había quedado mal colocada en el bolsillo de la chaqueta, cayó al suelo, Vincent no lo advirtió. Salió rápidamente de la casa, y subió al coche.

En una droguería, Vincent había adquirido los reactivos que necesitaba, y algunas cosas que iban a serle útiles.

Más tarde, llegaba nuevamente al domicilio de su tío.

El policía que estaba en la puerta le entregó un envoltorio bastante abultado.

—Lo han traído para usted.

—Sí, gracias —repuso Vincent, recogiendo lo que le entregaba el agente y metiéndose en la casa.

Inmediatamente que entró en la casa fue hacia el despacho, y comenzó a esparcir los reactivos sobre la mesa. Con el fino polvillo especial, tras soplarlo hábilmente, aparecieron algunas huellas.

Luego, se dirigió al dormitorio de su tío, y también trató de encontrar huellas en los lugares apropiados.

Posteriormente, y utilizando una de las cámaras de su tío, fotografió las huellas, y procedió rápidamente a su revelado.

Había pasado la hora del mediodía cuando salió de la casa. Tomó el coche, y se acercó al centro de Berkeley. Entró en un bar, y maquinalmente se llevó la mano en el bolsillo, en busca de la nota que había encontrado en su casa de San Pablo. Entonces se dio cuenta de que no la llevaba. Volvió al coche, con la esperanza de encontrarla, y comprobó que tampoco se le había caído allí.

Dio un paseo, y compró un periódico. Era ya una edición de la tarde. Leyó las noticias referentes al caso.

Seguía el interrogatorio de Mason, pero no se podía dar ninguna noticia concreta.

Tiró el periódico, y volvió al coche. Se sentía intranquilo, pero... tenía que esperar al viernes para acudir a aquella extraña cita.

CAPÍTULO XVI

Era el mediodía del viernes cuando Sandie, intranquila por el silencio de Vincent, a pesar de su llamada, decidió ir a la bahía de San Pablo.

Al llegar a la casa, llamó, y al no recibir respuesta, utilizó una llave que le había dado Vincent. Entró en la casa. Era evidente que él no estaba, pero Sandie descubrió aquel papel en el suelo.

Leyó el anónimo, confeccionado con recortes, y al salir de la casa, se dispuso a dirigirse a San Bruno.

El monte San Bruno es uno de los picos de la cadena montañosa que parte casi desde la costa Este en la bahía, subiendo en diagonal hasta los límites de San Mateo, dejando al Este el distrito de Brisbane.

Desde el lado Norte puede llegarse a través del Bayshore Boulevard, hasta la Guadalupe Road, que serpentea primero por la primera cadena montañosa, para seguir la Radio Road, que asciende definitivamente hacia la cumbre.

Desde la bahía de San Pablo, la distancia es considerable, porque es necesario cruzar toda el área del Este hasta llegar al San Francisco-Oakland Bridge, y luego seguir siempre por la bahía hasta la ruta del monte.

A la muchacha, sin embargo, no le importaban los kilómetros que tenía que recorrer.

Tras salvar el tráfico de la ciudad, y cuando ya se encontraba en las primeras rampas, aumentó su emoción.

Se preguntaba qué significaba aquella cita. ¿Por qué Vincent parecía querer estar solo? ¿Qué se escondía detrás de todo aquello?

A medida que el auto de la muchacha iba ascendiendo, aumentaba la soledad del lugar, y la carretera serpenteaba peligrosamente altos precipicios, se sucedían las curvas peligrosas. Y esparcidas en lugares estratégicos, asomaban algunas

edificaciones de montaña.

El panorama aumentaba en grandiosidad. Al fondo, la silueta brumosa de San Francisco, con la bahía a la espalda cuando la carretera seguía su dirección natural. Al otro lado, el Pacífico.

Por fin asomó la cresta del monte, y más allá, como en un rellano, la explanada.

Detuvo el coche.

No vio a nadie alrededor.

Había, sin embargo, unas marcas de neumáticos, y las siguió.

A pie, llegó hasta uno de los miradores. Entre unas rocas, creyó ver a un hombre. Iba con una gabardina oscura, el cuello echado hacia arriba. Estaba de espaldas, mirando al vacío.

Ella se aproximó un poco más, pasó un momento por detrás de una roca. El monte es eminentemente rocoso, por aquel lado. Al reaparecer, había perdido de vista al hombre.

Sandie oteó por los alrededores. Era fácil esconderse, entre aquellas rocas.

De pronto, sintió algo muy cerca suyo, por detrás. Se volvió.

Allí estaba el hombre, con la gabardina oscura y el cuello levantado.

Le reconoció en el acto, y retrocedió, aterrada.

—No... No puede ser... ¡Usted, no!

—No debiste venir, Sandie —dijo él—. No debiste —y sacó un revólver.

—No... No dispare. No... Usted no...

El hombre avanzó un poco más hacia la joven, y ella iba retrocediendo hacia el precipicio.

De pronto, surgió una voz:

—¡No, tío Walter! ¡A ella, no!

Y Walter Sharples se volvió instintivamente. De otra roca, surgió Vincent.

El joven avanzó hacia él. No parecía demasiado sorprendido. Sandie, en cambio, jadeaba, observando la escena.

¿Cómo podía Walter estar vivo...? Todos le habían identificado. Estaba muerto, el propio Vincent le reconoció en el depósito de cadáveres.

—No debió venir, Vint... No debiste dejarla. Ahora, sabe demasiado...

—Guarda esta pistola, tío. Guárdala. No compliques más las cosas...

—¿Tú no estás sorprendido, verdad? Lo adivinabas... Sé que lo adivinabas. Eres un genio. Tienes talento.

—¡Basta, tío! Lo sospeché al final... Pero me aterraba pensarlo... Me aterraba. Era incapaz de suponer que tú... Sin embargo, el capitán dijo que, según el informe del médico forense, tu salud estaba seriamente amenazada. Pero el doctor Latimer lo desmintió. Dijo que estabas fuerte como siempre, y que esos ejercicios matutinos conservaban tu vigor... Luego, aquel corte que te hiciste con la grapilla. Manchaste el pañuelo y el batín, ¿recuerdas? Pedí a la policía que devolvieran la ropa que llevabas cuando... «te mataron». Allí no había ningún pañuelo manchado, ni lo estaba tampoco el batín... Pero cometiste otro error. En tu habitación sí que había un batín idéntico, manchado, y un pañuelo, el que te secaste la sangre... una insignificancia, pero me dio qué pensar. Por fin, las huellas. Mi encendedor, ¿recuerdas? Te telefoneé, preguntando si lo había olvidado. Lo tenías delante, y no supiste verlo... Claro, tú contestabas desde la habitación. «Había otro en el estudio». «Otro».

—Sigue, sobrino, sigue. Esto prueba que no me equivoqué contigo. Eres inteligente.

—No, tío, soy vulgar. Tú has ideado un plan diabólico...

—Sigue con el encendedor... Tenía las huellas de «ese otro», ¿eh? Seguramente, lo utilizó... Pero no lo habrás dicho a la policía, ¿verdad?

—¿Quién era, tío Walter? ¿Quién era ese hombre?

—Un pobre diablo... Fue un verdadero hallazgo... Era un pordiosero. Lo descubrí una tarde, vagando por la bahía. ¡Mi vivo retrato! Idéntico. Un hermano gemelo no hubiese salido más igual... Yo llevaba tiempo cavilando mi venganza... Esos desagradecidos... Wells... Wells era un maldito desagradecido, porque Koster me apoyaba... Tuve que asustarle para que siguieran pensando que se trataba de una venganza. Pobre Koster. Pero Wells, no... Le pedí que te diera una oportunidad, y sólo lo aceptó casi como una limosna. ¡Y no lo quise! ¡No! Luego había pensado en mí para nombrarme director. Y Wells también puso el veto... No. Éste no era el pago a mis servicios... Le odiaba, ¿sabes...?

—¿Y a tu mujer? ¿También la odiabas?

—Ella era una cualquiera, pero estaba cansado de vivir solo... Me ayudó a prepararlo todo. Lo sabía, lo supo todo desde un principio, pero cuando lo peor había pasado, quería dejarte a ti fuera.

—¿A mí?

—Sí, hijo... Todo lo hice por ti, por los dos... Nos estableceremos en otro sitio. Alguien me cambiará el rostro. Ahora existen métodos modernos, muy eficaces. Vamos a ser ricos. Todo lo mío pasará a tu poder, muerta Agnes.

—¡Tío Walter!

—Sí, Vint... Yo estaba dispuesto a partir con Agnes, pero ella me siguió la corriente, con el propósito de sacar tajada... Desde hace seis meses que vengo planeándolo, ¿sabes? Por eso le aconsejé que no dejara aquella casa de San Mateo, en la que había muerto su amiga... Aquél era un buen escondrijo, pero allí me dijo que no estaba dispuesta a repartir contigo, y entonces... entonces la maté... Y con la enfermera tuve que hacerlo porque estaba demasiado nerviosa. Fuimos los dos quienes la contratamos... Tenía algunas cosillas que ocultar. Agnes lo sabía, ella conocía todas las cosas sucias. La... persuadió, pero se había convertido en un peligro, a causa de sus nervios...

—Y ese hombre... el que te suplantó. ¿Sabía lo que le esperaba?

—Claro que, no. ¿Crees que nadie acepta que le maten? Dije que quería gastar una broma a unos amigos... Se lo creyó. Salió en escena en el momento oportuno para hacer su canto del cisne... Claro que ya lo había probado antes, por Berkeley, y la gente le saludaba, confundiéndolo. No tenía señales, nada que le diferenciara, acaso los pequeños detalles quedarían ocultos porque Agnes afirmarí que era yo... Por aquí no existía peligro.

—¿Y el asesino?

—Otro hallazgo. Era extranjero. Agnes lo conocía porque frecuentaba la casa de su amiga, cuando estaba viva. Cobró por su trabajo, pero el muy inútil se dejó coger, y eso sí que era un peligro.

—¿Y tú fuiste al hospital?

—No estuvo mal lo que hice, ¿eh? Estoy en la plenitud todavía... Pude llevarme el cuerpo a través de la cornisa, y enterrarlo... Eso fue lo que llevó más tiempo... Luego, por poco, me cogen, pero fui

más listo que ellos. Me escondí en el basurero, y luego pude huir. Confieso que aquél fue el momento más difícil... Pero todo ha pasado.

—¿Y no te importa que un inocente pague?

—¡Mason! Lo hice a propósito... Odio a ese tipo. Es un tiralevistas, un rastrero... No estaba muy seguro de que logran acusarle, pero yo *ya* he hecho lo posible, y lo he conseguido.

—Tío... El médico me dijo algo más, ¿sabes?

—¿Latimer? ¿Qué te dijo?

—Tú estabas fuerte, y tu salud era excelente, excepto en una cosa... Le preocupaba tu cabeza.

—¿Eeh?

—Él lo llamó fatiga mental, pero dio a entender que algo no regía bien... Ahora ya sé por qué...

—¿Qué insinúas? Estoy perfectamente cuerdo.

—Tío... debes entregarte. Te harán un reconocimiento.

—¿Y tú me dices esto? ¡Tú! Pensar que tenía grandes planes... Hubiésemos trabajado juntos, en cualquier parte. En Europa tal vez... Te habría convertido en el mejor escritor, y yo hubiese dirigido mi propio negocio... ¡Vincent! No me pidas que me entregue... ¡No estoy loco!

Él avanzó unos pasos.

—Dame ese revólver, tío Walter, y escúchame... Has hecho todo... todo por nada, ¿sabes? —Tendió la mano, en busca del arma.

—¿Qué?

—Te hubieran dado el cargo. Wells lo decidió la noche antes de que le matara el hombre a quien pagaste...

—¿Eh?

El joven tenía casi sujeta el arma. Walter gritó:

—¡No! La pistola, no. Tengo que matarla a ella. Lo siento... Sabe demasiado, como los otros.

Trató de revolverse. Vincent entró en acción, y le arrebató el arma. Entonces Walter dio la medida de su estado mental. Chillando como un condenado, corrió hacia Sandie, que seguía estupefacta y aturdida, junto al precipicio.

Walter, con las manos hacia delante, seguía gritando. Se aproximaba. Quería empujarla. Y todo sucedía a velocidad

centelleante. Contarlo, por deprisa que se haga, resulta lento, ante la realidad.

Vincent gritó:

—¡Fuera, Sandie! ¡Aparta!

Ella se echó a un lado, tratando de esquivar aquella salvaje acometida, propia de un deficiente mental.

Pero Walter Sharples ya no podía detenerse. Llegó al borde del precipicio. Acentuó su grito, y saltó al vacío.

Luego, el grito siguió. Parecía interminable, hasta que un brusco y seco golpe puso fin a la pesadilla.

Instintivamente, Sandie se abrazó a Vincent.

A lo lejos, desde alguno de los muchos recodos de la carretera, sonaba una sirena de la policía.

Al avanzar, Vincent y Sandie observaron tres coches oficiales. Se aproximaban.

—Debe ser el capitán. De algún modo se las ha arreglado para dar conmigo... Bueno, yo... yo sólo trataba de ayudar a mi tío... Por eso no quise decir nada a nadie. El médico me habló de ese cansancio mental, y enseguida comprendí la verdad...

—No te atormentes, Vint. Tú no pudiste evitar nada.

—No. Desgraciadamente.

—Parece como una pesadilla... Un hombre idéntico... a él.

—Sí. A menudo, en la vida, surgen cosas que parecen más fantásticas que en la ficción, Sandie. Mucho más fantásticas y más descorazonadoras.

Y entrelazados, avanzaron hacia los coches de la policía, que asomaban ya en la explanada.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

